

Selección

TERROR

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

CLARK CARRADOS

¡HA LLEGADO SATAN!


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

287 — Torturadas, *Ralph Barby*.
288 — Miserere por mí, *Curtis Garland*.
289 — La llama verde, *Clark Carrados*.
290 — Estudios sobre el miedo, *Lou Carrigan*.
291 — El difunto quiere vengarse, *Adam Surray*.

CLARK CARRADOS

¡HA LLEGADO SATAN!

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 292
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 27.411 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

El coche se detuvo bajo la gran marquesina de piedra, sostenida por cuatro recias columnas de granito, que protegían a los recién llegados de las inclemencias del tiempo. Cuando el conductor apagó los faros, estalló un vivísimo relámpago, que disipó por un segundo las espesas tinieblas de la noche. En el momento en que retumbaba el trueno, con la potencia de mil cañones disparados a un tiempo, se abrió la puerta del caserón y una silueta se recortó en el iluminado umbral.

Al mismo tiempo, empezaba a diluviar. Spencer Bud Main, se apeó del coche, con el maletín en la mano, y subió los seis peldaños que separaban el suelo del nivel de la entrada.

—Soy el señor Main —se presentó.

—Le esperábamos —dijo la mujer— Me llamo Mavis Hook y soy el ama de llaves del señor Flandryn. Pase, señor Main.

—Gracias, señora Hook.

Mientras cruzaba la puerta, Main observó con disimulo al ama de llaves, una mujer que no había cumplido todavía los cuarenta años, de pelo rubio oscuro, muy estirado, y facciones impasibles. El cuerpo, apreció el recién llegado, tenía muchos y muy notables atractivos.

La casa era grande, bien decorada, pese al estilo pasado de moda. Mavis dijo:

—El señor querrá asearse sin duda antes de entrevistarse con sir Arnold.

—Sólo necesito lavarme las manos un instante —contestó Main—. En realidad, debo irme apenas haya terminado...

Una sonrisa imperceptible apareció en los labios de la mujer.

—Si el tiempo no mejora, dudo mucho que pueda volver a Londres esta misma noche, señor. A dos millas de la casa hay un barranco, que se inunda con facilidad, apenas llueve un poco, y corta la carretera. No diré que es peligroso pasar en estas condiciones, sino que no se puede pasar.

—Bueno, quizá amaine el tiempo antes de lo que pensamos —contestó Main alegremente.

—Por aquí, señor —dijo Mavis.

El maletín con los documentos quedó sobre una mesa. Main fue al lavabo y salió momentos después. Mavis aguardaba en el vestíbulo.

—Tenga la bondad de seguirme, señor.

—Gracias.

Ella le guió hasta una puerta ricamente tallada, patinada ya por el paso de los años.

Tocó con los nudillos y abrió.

—Señor, ha llegado el señor Main —anunció.

—Dígale que entre —contestó alguien, con una voz muy cascada.

Main cruzó el umbral. Sentado frente a la chimenea, en una silla de ruedas,

con una manta escocesa sobre las rodillas, había un hombre con el rostro tan apergaminado como el de una momia. Apenas si quedaban ya cabellos en su cráneo y los ojos aparecían sin brillo, mortecinos. Main avanzó hacia el anciano y se detuvo a un par de pasos de distancia.

—Sir Arnold, soy Spencer Main, el primer pasante de su abogado —dijo. Arnold Flandryn levantó la vista.

—¿Ha traído el testamento? —preguntó.

—Sí, señor. Lo tengo aquí, listo para la firma. El señor Hennill hubiera querido venir personalmente, pero su estado de salud es un poco delicado...

—Sí, es tan carcamal como yo —dijo el anciano sarcásticamente—. ¿Está redactado el testamento de acuerdo con la carta que le envié?

—Sí, señor.

—Dispuse que, después de mi muerte, Ballymore Hall y las tierras que lo circundan, pasaran a ser propiedad de mi secretario Vince Kethrie, debido a la abnegación y al afecto que siempre me ha demostrado. También debe heredar la mayor parte de mi fortuna en numerario, a excepción de las mandas indicadas.

—Así se ha redactado el testamento, señor, tal como usted lo dispuso.

—A mi nieta, Edith Flandryn, por su comportamiento desvergonzado e irrespetuoso, no sólo conmigo, sino con el ilustre apellido que ostenta, le dejo solamente la cantidad de doscientas libras.

—Todo está escrito como usted lo dispuso. Sólo que...

—¿Qué, joven? —preguntó sir Arnold.

—Mi jefe, y amigo suyo, opina que no debiera desheredar a su nieta.

—Señor Main, cuando vea a su jefe, y amigo mío, dígalo que se meta en sus asuntos.

Mi fortuna es mía y yo la dejo al que me parece. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Mi nieta Edith es una golfa. Vi una revista. Aparecía desnuda, con un hombre, en una postura... Bueno, no quiero ensuciarme la lengua describiendo lo que hacían. ¡Por eso, y también por otras cosas impronunciables, decidí desheredarla!

Main suspiró.

—Sí, señor.

Sir Arnold movió un poco su mano.

—Tire de ese cordón, joven —indicó—. Ah, no le he ofrecido de beber. Sírvase a su gusto.

—Gracias, señor.

Main se acercó al cordón, tiró un par de veces y luego destapó un fiasco de vidrio tallado. A los pocos segundos, se abrió la puerta y apareció Mavis en el umbral.

—Señora Hook, tenga la bondad de avisar a mi secretario —pidió el anciano.

—Lo siento, señor; no está. Salió a Clyhaun para hacer unas diligencias y

le habrá sorprendido la tempestad en el camino. Si desea algo...

—¿Quién más hay en la casa, señora Hook?

—Bien, están Tracy, la cocinera, y Annie, la doncella... y también Ned Parr, el jardinero, señor.

—Llámelos, que vengan todos. Quiero que firmen como testigos, después que lo haya hecho yo. Usted también firmará, señor Main.

—Por supuesto, sir Arnold —contestó el interpelado.

El acto de la firma se realizó en pocos minutos. En realidad, los testigos daban fe únicamente de que habían visto firmar a sir Arnold. Terminada la breve ceremonia, el salón se despejó de gente.

—Señor Main, continúa lloviendo a cántaros —dijo el anciano—. Mucho me temo que habrá de quedarse aquí, hasta que despeje el tiempo.

Main emitió una sonrisa de circunstancias.

—Parece que no tengo otra solución —repuso.

—La señora Hook cuidará de su alojamiento. Mavis, cuídese de que este joven cene de acuerdo con su edad.

—Sí, señor.

—Ahora... por favor, déjenme solo... Estoy muy fatigado... Son ya demasiados años...

Sir Arnold cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Mavis hizo un gesto imperceptible al joven. Main recogió los papeles, cerró la cartera y siguió al ama de llaves.

Cuando subió a su dormitorio, un par de horas más tarde, continuaba lloviendo a mares. Un poco fastidiado, por no poder regresar a Londres en el mismo día, como había planeado, Main se desvistió y se metió en la cama. Había estado en la biblioteca, previendo que tardaría en conciliar el sueño, y se había provisto de un libro, cuyo tema le pareció interesante.

Era preciso reconocer que la señora Hook sabía ser eficiente. Había llevado a la habitación una botella de buen brandy y una copa, de la que Main tomaba un sorbo de cuando en cuando. Así se le pasó el tiempo más rápidamente. De pronto, cuando ya empezaba a notar que el sueño hacía pesados sus párpados, oyó unas voces que parecían sonar en la habitación contigua.

* * *

Main irguió el cuerpo, sorprendido. La casa era grande, de recios muros, y los tabiques de separación, aun delgados, eran más gruesos de lo ordinario. Del lugar donde llegaban los sonidos no había puerta de comunicación. ¿Por qué percibía tan bien lo que hablaban aquellas dos personas?

Una de las voces, la reconoció de inmediato, era la de Mavis Hook. La otra pertenecía a un hombre. ¿Era el secretario Kethrie?

—Bueno, el asunto está hecho —dijo el hombre—. ¿Y ahora?

—Calma, Ned; hay que hacer las cosas bien, como se debe. No tengas tanta prisa...

—Escucha, Mavis, voy a decirte algo que quiero tomes muy en serio. No pienso tolerar bromas de mal gusto, ¿estamos? Si crees que puedes tomarme el pelo, estás muy equivocada...

—Ned, mira —exclamó ella de pronto.

Sobrevino una corta pausa de silencio. Luego, se oyó de nuevo la voz de Ned Parr.

—¡Diablos, qué buena estás!

Main casi saltó de la cama. Con una risita, Parr añadió:

—Me gustas así, en pelota viva.

—¡Hijo, qué basto eres! —Protestó la señora Hook—. ¿No puedes decir las cosas de otra manera?

—¿Para qué? Vamos a acabar haciendo lo mismo... Además, las palabras finas sobran.

Lo que ahora importa es...

Main oyó chasquidos de besos, suspiros, frases que le escandalizaron...

—Se están refocilando a modo —murmuró.

Pero el sueño volvía y apagó la luz. Ya no se entero de nada, hasta la mañana siguiente. De pronto, oyó voces y lamentos. Alarmado, saltó del lecho y empezó a vestirse.

Una mujer gritó:

—¡Sir Arnold está muerto!

Main comprendió que la firma del testamento no había podido ser más oportuna.

* * *

Unos minutos más tarde, pudo conocer a Kethrie, el secretario. Era un hombre alto, de mirada aguda y barbilla ligeramente puntiaguda. Kethrie se le acercó con la mano tendida.

—Me he enterado de su presencia, apenas llegué esta mañana —dijo—. Lamento tener que decirle que su viaje no pudo ser realizado más oportunamente.

—Sí, he oído decir que sir Arnold está muerto...

—Falleció durante la noche. Sin duda, se le paró el corazón. Tenía ya más de ochenta años. Vivió una vida muy agitada; ¡ó extraño es que haya podido alcanzar esta edad.

—Debió ser un hombre muy robusto —sonrió Main—. Pero hasta los más fuertes sucumben, tarde o temprano.

—Eso es verdad. Señor Main, usted está enterado de los términos del testamento.

—Así es. Yo hice el borrador, de acuerdo con las instrucciones de sir Arnold, se lo enseñé a mi jefe, éste hizo las correcciones pertinentes y luego lo copié en limpio. Sir Arnold quería el máximo de discreción, pero mi jefe confía en mí ciegamente, aunque sea inmodestia decirlo.

—Estoy seguro de que esa confianza es completamente justificada —sonrió Kethrie—. Óigame, señor Main. Usted ha podido darse cuenta de que el difunto sir Arnold ha desheredado a su nieta. Personalmente, discrepo de esa decisión y, créame, lo discutí con él en numerosas ocasiones, tratando de disuadirle de su actitud. Pero era un hombre muy terco y no dio jamás su brazo a torcer.

—Algo de eso me pareció, en los pocos minutos que pude tratarle —contestó el joven.

—Bien, no quisiera que un día pudiera pensarse de mí que influí en la voluntad del difunto para tomar semejante decisión. Me gustaría encontrar a Edith Flandryn, para decirle que no son doscientas, sino doscientas mil libras las que tiene a su disposición.

—Es un gesto muy generoso de su parte, señor Kethrie —murmuró Main.

—Hágaselo saber así a su jefe. Puede decirle también que me gustaría iniciar las gestiones para localizar a esa chica un tanto rebelde. Yo la comprendo un poco mejor — añadió Kethrie sonriendo—; a fin de cuentas, tengo cuarenta y un años, lo que significa una diferencia de sólo dieciocho con respecto a Edith. Pero el difunto sir Arnold tenía sesenta y dos más que su nieta... y una moral victoriana, si comprende lo que esto significa.

—Lo comprendo perfectamente y así lo haré saber a mi jefe.

—Gracias, señor Main, no esperaba menos de usted. Y ahora, si quiere pasar al comedor, haré que le sirvan el desayuno. ¿Vuelve a Londres hoy mismo?

Main consultó su reloj.

—Hablaré por teléfono con mi jefe —repuso—. Tal vez quiera que me quede a los funerales en su representación. El es también muy anciano y dudo mucho de que una ceremonia semejante le sentase bien.

—Una precaución muy útil —alabó Kethrie. Extendió una mano—. Venga por aquí, le enseñaré el despacho, en donde está el teléfono. Cuando termine vaya a desayunar.

Main inclinó la cabeza.

—Muchas gracias, señor Kethrie.

Main habló con el abogado Hennill, a quien comunico la infausta nueva. Tal como había sospechado, Hennill le pidió se quedase en Clyhaun, hasta que hubieran finalizado las ceremonias fúnebres. Main se resignó, preguntándose sí a la noche volvería a oír los atroces diálogos entre el ama de llaves y el jardinero o si éstos sabrían respetar la situación.

Aquella noche, en efecto, no hubo encuentro entre Mavis y Ned Parr. Pero Main se sentía muy intrigado. ¿Cómo era posible oír con tanta claridad lo que se hablaba en una habitación contigua, separada de la suya por un tabique que no medía menos de treinta y cinco o cuarenta centímetros de espesor?

De pronto, se fijó en la chimenea, que permanecía apagada, ya que el tiempo no era frío. Si había visto a sir Arnold frente a un fuego encendido, se debía a su edad y no precisamente a la temperatura ambiente. Y para

comprobar sus sospechas, buscó una vela, la encendió y metió la cabeza en el interior de la chimenea. Sí, allí estaba el truco. Sonrió, después de apagar la vela. Pero, como era lógico, no pensaba hacer que se sonrojasen los culpables.

Después de todo, los líos amorosos entre un ama de llaves y un robusto jardinero no eran asunto suyo.

CAPITULO II

La chica cantaba bien, pero no era una cosa del otro mundo. Ciertamente, tenía un hermoso cuerpo, aunque ello, pensó Main, no era suficiente para triunfar en el mundo de la canción. Se arrastraría, de escenario en escenario, hasta convencerse de que nunca pasaría de ser una cantante más, y entonces su vida tomaría otros derroteros. Lo mismo podía lanzarse a una desastrosa cuesta abajo, que buscarse un marido y vivir una existencia gris y vulgar.

Cuando terminó sonaron unos aplausos, tibios y corteses. La chica agradeció aquellas escasas muestras de afecto y se retiró por el foro. Luego un locutor anunció la actuación de un famoso ventrílocuo.

Main se aburría como una ostra. Se pregunto poiqué sus amigos le habían arrastrado a aquella infecta cueva, donde, le dijeron, podía oírse la música en su estado verdaderamente puro. De pronto, se puso de mal humor y, aprovechando que los componentes del grupo de que formaba parte bebían como cosacos, se levantó discretamente y marchó en busca de la salida.

Al hallarse en la calle, caminó unos pasos. De pronto, oyó voces destempladas que provenían del callejón en donde se hallaba la entrada de artistas.

—Anda, lárgate, Edith Flandryn —dijo un hombre—. Puede que seas guapa, pero tienes la voz con reuma. Vete y no asomes más la jeta por mi local, ¿entendido?

Main se quedó paralizado por el asombro, al oír aquel nombre. Oyó un ruido y vio un maletín que volaba por los aires, para caer a los pies de la chica.

—Ya te he liquidado y no te debo nada —dijo el hombre. Y cerró la puerta con tremenda violencia.

Ella, resignada, se inclinó, recogió la maleta y caminó hacia la salida del callejón.

Entonces, Main, pasmado, reconoció a !a cantante que había visto actuar poco antes.

—¡Usted! —exclamó. Edith, intrigada, le miró.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo raro en la cara?

—Usted cantaba hace un rato, bajo el nombre de Kelly Star... Pero se llama Edith Flandryn...

—Desde que nací —respondió ella—. ¿Acaso me conoce usted?

—A decir verdad, la he estado buscando, aunque no con demasiado empeño. Claro que no era mi misión, pero ya que nos hemos encontrado casualmente, me gustaría charlar un rato con usted. —Main se puso las manos en el pecho—. Por favor, le ruego no piense mal de mí; no ando buscando una aventura... Elija un sitio para conversar tranquilamente y yo la seguiré.

—Bien, pero ¿de qué se trata?

—De su abuelo, sir Arnold Flandryn.

—Ah, ese viejo carcamal. Parece deducirse de sus palabras que le conoce usted. Pues bien, cuando le vea, dígale de parte de su nieta que se vaya al diablo.

Y apenas pronunciadas estas palabras, Edith echó a andar orgullosamente, la maleta en la manó y la barbilla alta.

—No puedo decirle eso a su abuelo —dijo Main, emparejándose de nuevo con la muchacha.

—¿Qué pasa? ¿Tiene miedo de ese saco de piel repleto de oro? —preguntó ella, despectivamente—. Sir Arnold disfruta mucho humillando a los que estima de condición inferior a la suya.

—Sir Arnold murió hace cinco meses, señorita. Edith se paró en seco y volvió la cabeza.

—Me engaña —dijo.

—Hablo con toda sinceridad. Telefonee a Ballymore Hall. Pregunte al secretario personal de sir Arnold o al ama de llaves o a cualquier miembro de la servidumbre. Es más, yo asistí al entierro de su abuelo.

Ella frunció las cejas.

—Allí veo un bar abierto —dijo, de pronto.

—Tomaremos una copa juntos —sonrió él.

Y Edith no formuló ninguna objeción cuando Mam la alivió del peso de la maleta. Media hora más tarde, Edith estaba enterada de todo lo sucedido.

—Increíble —dijo—. Puedo conseguir doscientas mil libras.

—Kethrie me lo prometió. Y yo creo que debe tragarse su orgullo.

—Y aceptar esa limosna.

—Su abuelo la desheredó. Yo lo escuché de sus labios y, lo que es más, redacté el testamento.

Edith guardó silencio unos momentos.

—Sir Arnold tenía un genio endiablado y, lo que es peor, una falta de comprensión absoluta. Yo me ahogaba en aquel caserón. Vine a Londres para luchar, abrirme paso por mis propios medios... El quería tenerme en Ballymore Hall y casarme con algún hidalgo de la vecindad... Me gusta el campo, pero no para enterrarme allí, por vida.

—Su abuelo habló también de una revista.

El rostro de la joven se puso encarnado en el acto.

—Aquello fue una inmunda encerrona —protestó—. Oiga, yo no tengo nada contra las que se desnudan o hacen porno, de la clase que sea. Allá ellas y ellos y su conciencia o lo que la sustituya... No voy a ir por ahí con mi cruzada particular, contra esa clase de actos. Pero yo no quiero trabajar en ello, y conste que he recibido propuestas y me han ofrecido dinero. Sin embargo, nunca he aceptado. Me parece que es una forma de prostitución visual, ¿comprende?

—En cierto modo, así es —convino Main, sonriendo.

—Bueno, lo que sucedió es que vino un conocido y dijo que me necesitaba para unas fotografías publicitarias. Debía actuar con un muchacho, en un

estudio con fondos, que simulaban el campo. Se tomaron treinta o cuarenta placas, para elegir la mejor, yo completamente vestida, aunque enseñando mucho las piernas... y luego me vi en aquella revista, en las posturas más obscenas que usted se pueda imaginar. Habían sustituido mi figura por el cuerpo desnudo de otra mujer. O habían puesto este cuerpo desnudo, agregándole luego mi cabeza.

—Creo que entiendo. Pero, por lo que sospecho, su abuelo no era muy aficionado a esta clase de revistas. ¿Cómo llegó a sus manos?

—Oh, se la entregaría el secretario... o se la enviaría algún tipo de perversas intenciones. No lo sé, ni me importa.

Edith apretó los labios.

—Siento que haya muerto el abuelo —añadió a media voz—. Hizo mucho por mí, desde que murieron mis padres, hará unos doce años..., pero también podía comprender que yo debía levantar el vuelo algún día

—Sir Arnold estaba todavía en el siglo pasado, al menos, para algunas cosas —sonrió Main—. ¿Irá a Ballymore Hall?

—Puesto que usted me ha dado esa noticia, me parecería una tontería no viajar hasta allí —dijo Edith, sonriendo también, aunque con los ojos muy húmedos—. Creo que he tenido mucha suerte al encontrarme con usted.

—Lo mismo digo. Yo la estaba buscando, para comunicarle la noticia, pero... ¿cómo iba a suponer que se escondía tras un seudónimo? Ah, señorita Flandryn...

—Déjese de ceremonias, hombre, llámeme Edith —pidió ella, vivazmente.

—Está bien, pero usted tiene que llamarme Bud —contestó él—. Lo que quiero decirle es que tenga cuidado con la habitación número tres, contando desde el final de la escalera y hacia la derecha.

—¿Qué sucede con esa habitación? —preguntó la muchacha. Main se lo explicó. Edith se quedó muy extrañada.

—Es curioso, tantos años viviendo allí y nunca me enteré... Claro que yo ocupaba la última habitación del lado opuesto, y la chimenea está adosada al muro del edificio, no a un tabique, y por lo tanto, es independiente de las demás. Pero lo tendré en cuenta, gracias.

—Bien, y ahora dígame: ¿necesita dinero para el viaje? Sea sincera, por favor. Ella remoloneó un poco.

—Hombre, al menos para ir hasta allí. Main sacó un cheque.

—Le prestaré cien libras —dijo—. Ya me devolverá el dinero cuando esté en condiciones de hacerlo.

—Pero me dejará su dirección, Bud.

—Claro, mujer.

Momentos después, Main pagaba el gasto. Luego, en su coche, acompañó a la muchacha hasta su alojamiento. Tras despedirse de ella, y sumamente contento del encuentro, regresó a su casa.

* * *

Sonaron unos nudillos en la puerta. Vince Kethrie estaba escribiendo algo en un papel y levantó la cabeza.

—Pase —invitó.

La puerta se abrió. Ned Parr avanzó hasta la mesa

—Hola —elijo—. He venido a pedirle un aumento de sueldo. Mil libras al mes. Kethrie sonrió.

—¿No quiere también un «Rolls» con chófer? —preguntó, mordaz. Parr simuló contemplarse las uñas.

—Conozco el truco —dijo.

—¿Qué truco?

—Ya sabe a qué me refiero. Sir Arnold no murió de un ataque al corazón. Usted lo asesinó.

—Ah, ya.

—De modo que si no me paga ese sueldo, me iré con el cuento a la policía.

—Ha tardado mucho en venir a decirme eso, Ned.

—Es que no lo sabía.

—Comprendo. De modo que mil libras mensuales...

—Ni un penique menos, señor Kethrie.

Hubo un momento de silencio. El nuevo propietario de Ballymore Hall parecía reflexionar profundamente.

—De acuerdo —dijo al fin—. Mil libras mensuales. Mañana le entregaré...

—Mañana, no; hoy —dijo Parr, con firmeza.

—No tengo aquí efectivo suficiente. Y si fuese al Banco con un cheque mío en la mano, la gente podría sospechar, ¿no le parece?

—Eso sí es cierto —admitió el jardinero.

—Escuche, ahora iré a Clyhaun. A la noche venga a verme.

—De acuerdo. Oiga, ¿cómo lo hizo? Porque a mí no se me hubiera ocurrido.

—Soy un tío astuto, Ned —rió Kethrie.

—Pero no quiere explicarme el truco.

—Quizá a la noche.

—De acuerdo, a la noche.

Parr dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. De pronto, Kethrie alzó una mano.

—Ned.

El jardinero se volvió a medias.

—¿Sí?

—¿Cómo se ha enterado...? Parr le guiñó un ojo.

—Algunos secretitos se rompen en la cama —contestó, malicioso.

—Sí, ya me imagino. Gracias, Ned.

—A usted, señor.

La puerta se cerró. Kethrie tenía en las manos un lápiz y, de súbito, presa de un acceso de cólera, lo partió en dos trozos.

—Estúpida, condenada estúpida... —apostrofó a media voz a la culpable de aquella situación.

CAPITULO III

El taxi se detuvo bajo la portalada. Edith pagó el importe de la carrera y tomó el maletín que contenía su exiguo equipaje. Casi en el mismo momento, se abrió la puerta.

—Soy Edith Flandryn —se presentó la muchacha.

—Bien venida a Ballymore Hall, señorita—dijo la persona que había acudido a recibirla—. Soy Mavis Hook, ama de llaves.

Edith la contempló con curiosidad. Aquella mujer, se dijo, debía haber entrado al servicio de su abuelo después de su marcha.

—Celebro conocerla, señora Hook —dijo—. ¿Puedo hablar con el señor Kethrie?

—Está en Clyhaun. No sé cuándo regresará.

—Le aguardaré. Es decir, si no tiene usted inconveniente

—¡Por Dios, señorita, qué cosas tiene! Pase, se lo ruego... Por favor, déjeme su maletín.

—Gracias, señora Hook.

—Le enseñaré su habitación, por si desea descansar.

Edith asintió brevemente. Cuando llegaban al corredor superior, vio que Mavis se dirigía hacia la derecha.

—Por favor —dijo—. Prefiero ocupar la última habitación del ala izquierda. Es la que tuve siempre mientras vivía en Ballymore Hall.

—¡Oh, muy bien! Como usted guste, señorita.

Edith quedó sola en la estancia, momentos después. Melancólicamente, revivió tiempos pasados, que estimaba muy felices hasta que empezaron a producirse las intemperancias de su abuelo, precisamente cuando ella se convirtió en una atractiva mujer. Pero no podía olvidar que en aquella habitación habían transcurrido diez de los veintidós años de su vida.

Suspiró. El pasado ya no podía volver y recordarlo demasiado causaba tristeza. Se aseó un poco y cambió su indumentaria de viaje por otra más práctica: camisa, chaqueta de punto y pantalones. Luego descendió a la planta baja.

Todo parecía igual, nada había cambiado, pero el ambiente, presintió, era muy distinto. Recordaba vagamente a Kethrie, el secretario; había entrado al servicio de su abuelo escasamente una semana antes de su marcha. No había tenido tiempo apenas de tratar con él. ¿Qué clase de hombre era, se preguntó, que había conseguido ganarse la voluntad de su abuelo hasta el punto de convertirse en su heredero universal?

Una mujer joven y bien parecida se presentó de pronto.

—Oh, dispense, señora. . Edith se volvió.

—Señorita Flandryn —puntualizó—. ¿Quién es usted?

—Millie Cross, señorita; la doncella... Edith frunció el ceño.

—Ya no está Annie Thurston —dijo.

—Lo siento, señorita; no la he conocido.

—¿Cómo se llama la cocinera?

—Rheba Archer, señorita.

—¡Tampoco está Tracy Jeffries! —Se asombró Edith—. Y puestos en este plan, Andrew, el viejo jardinero, no reside ya aquí.

—El jardinero se llama Ned Parr, señorita.

La servidumbre había sido renovada por completo, pensó la muchacha. ¿Por qué? Eran personas competentes, con muchos años de servicio en la casa. No había motivos para despedirlos, se dijo. Pero, claro, Kethrie era ahora el nuevo dueño y...

—Perdón, señorita —dijo Millie—, ¿Es usted la nieta del difunto sir Arnold?

—Sí, la nieta desheredada por su comportamiento casquivano e indecoroso. Tengo siete amantes, uno para cada día de la semana, ¿lo sabía?

Millie enrojeció.

—Dispénseme, señorita; no quise ofenderla...

—No, si no me enfado. Es que... Bien, será mejor que lo dejemos. Millie, por favor, lléveme una taza de café a la biblioteca.

—Sí, señorita.

Edith abandonó el gran vestíbulo, sumamente preocupada. Todo parecía normal, se dijo..., pero había cosas raras que no acababa de entender. La renovación de la servidumbre podía admitirse como lógica. Sin embargo, se sentía insatisfecha, aprensiva. El instinto le decía que Ballymore Hall no era lo que había sido y no solamente por la falta de su anterior propietario, sir Arnold Flandryn.

Millie trajo el café y se retiró. Edith lo tomó pensativamente, en pie, junto a una ventana.

De pronto, oyó unos fuertes ladridos.

Curiosa, miró hacia el jardín. Había un gran perro mastín, atado a una cadena. Un hombre le azotaba con una correa.

Edith se indignó. Abrió la ventana y saltó ágilmente por encima del antepecho. Era algo que había hecho infinidad de veces.

—¡Oiga, bruto! —gritó—. Deje a ese perro en paz... El hombre se volvió.

—Ha intentado morderme —protestó. Edith le arrancó la correa de las manos.

—Es usted un salvaje —le apostrofó—. Ensañarse así con un animal indefenso... ¡Pero si es «Wolfie»! —exclamó, de pronto—. «Wolfie», cariño, ¿qué haces aquí, atado?

El tono de los ladridos del perro cambió radicalmente. Edith se puso en cuclillas para abrazarlo cariñosamente.

—«Wolfie», amorcito, ¿cómo han podido tratarte de ese modo?

—Es una fiera, señorita —gruñó el hombre—. No puede estar suelto. Edith se puso en pie.

—Lo crié yo, cuando era todavía un cachorrillo, y jamás estuvo atado a

una cadena — exclamó, indignada—. ¿Quién es usted?

—Ned Parr, el jardinero. ¿Y usted?

—Edith Flandryn.

—Ah, la nieta golfa del viejo...

La mano de la muchacha se alzó violentamente y golpeó con dureza la mejilla del individuo. Parr lanzó un grito de cólera.

—Maldita...

—Tiene usted suerte de que ya no viva mi abuelo —dijo ella, con la cara encendida de cólera—. De lo contrario, le pondrían de patitas en la calle ahora mismo. ¡Váyase, váyase de aquí inmediatamente!

Parr miró con ojos atravesados a la muchacha. Luego, en silencio, dio media vuelta y se alejó.

Edith se agachó de nuevo y soltó al perro. «Wolfie» empezó a dar saltos de alegría a su alrededor. Al cabo de unos momentos, Edith echó a correr.

—¡Vamos, «Wolfie», como en los viejos tiempos!

Desde una de las ventanas del piso superior, Mavis contempló la escena con el ceño fruncido. La muchacha y el perro, corriendo alegremente a través del extenso parque que rodeaba la mansión, componían un cuadro encantador, pero no tenía ningún atractivo para ella.

—Esa muchacha, tan inoportunamente aparecida...

De pronto, oyó un ruidito a sus espaldas. Sin embargo, no se volvió.

Unas manos codiciosas se apoyaron en su cintura y subieron luego por delante, hasta cubrir sus senos. Al mismo tiempo, una boca ávida se apoyó en su cuello.

—Vamos —dijo Parr, ardientemente. Mavis se revolvió, furiosa.

—Ahora no, estúpido —contestó—. ¿Es que no sabes pensar en otra cosa? Parr se sorprendió en un principio, pero no tardó en reaccionar y se echó a reír.

—Bueno, a la noche —dijo—. ¿Has visto a la niña?

—Sí.

—Si llega a enterarse de la verdad...

—No lo sabrá. A menos que tú se lo digas.

—¿Me tomas por tonto?

—A veces, Ned, a veces —suspiró el ama de llaves—. Anda, vete; no quiero que él vuelva y nos sorprenda junios.

—Tendríamos que decírselo algún día...

—¡Imbécil! ¿Qué ganarías con ello? ¿Una patada en el trasero y una inscripción en la oficina de empleo?

—No se atrevería a echarme —dijo Parr, hoscamente.

—Por si acaso, no tientes a la suerte. Y vete ya de una vez.

—Está bien, pero a la noche iré a tu dormitorio. Puede que te dé una buena noticia —rió el fornido jardinero.

De pronto, cuando ya estaba junto a la puerta, giró la cabeza.

—Mavis, ¿por qué un hombre tan apuesto como Kethrie no te ha

pellizcado siquiera una vez?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, y es mejor que haya sido así.

—Quizá no le gustan las mujeres; puede que tenga otros gustos.

—¡Vete, imbécil, vete de una vez! —exclamó ella, exasperada.

Riendo en silencio, Parr abrió la puerta y abandonó la estancia. Mavis se sentía muy nerviosa. Buscó un cigarrillo, lo golpeó varias veces y se lo puso en ¡a boca. ¿Por qué diablos había tenido que aparecer aquella chica tan inoportunamente?, se preguntó.

* * *

Kethrie respingó al ver que Edith entraba en el despacho, sujetando al mastín por el collar. Durante unos segundos, la sorpresa no le permitió reaccionar. Luego se puso en pie.

—Señorita Flandryn...

—¿Cómo está? —saludó ella, cortésmente—. Dispense que venga con el perro, pero sorprendí a su jardinero azotándolo brutalmente, y no quiero que eso se repita. A «Wolfie» lo crié yo y, se lo aseguro, no está acostumbrado a esos tratos.

—Reprenderé a Parr —prometió él—. Pero, siéntese, por favor.

—Gracias. «Wolfie», échate.

El can obedeció mansamente. Kethrie abrió una cigarrera y se la acercó a la muchacha.

—Señorita Flandryn, quiero expresarle mi más profunda satisfacción por tenerla en mi casa —dijo—. Ya sé que esta expresión le sonará un poco rara, pero... en fin, es algo que no se puede evitar.

—Desde luego. Y yo no he venido a discutir la última voluntad de mi abuelo. El dinero era suyo y podía hacer con él lo que quisiera. Sin embargo, en Londres me he enterado de una decisión que usted tomó el día en que falleció sir Arnold.

—Confirmo esa decisión plenamente —respondió Kethrie, con gran énfasis—. Dije al señor Main que le entregaría a usted la suma de doscientas mil libras, pero...

Kethrie hizo una corta pausa. Edith le vio sonreír de mala gana.

—La verdad —continuó el individuo—, en estos momentos me encuentro en una situación un tanto delicada. Oh, no es que no pueda entregarle la cantidad mencionada, pero necesito realizar algunos valores y he de hacerlo sin pérdidas. Eso lleva algún tiempo.

—Comprendo. Siga, se lo ruego.

—Haré todo lo posible para solucionar el asunto en el plazo más breve que me sea factible. Yo soy el primer interesado en evitar la maledicencia. Pero, claro, en estos momentos... Bien, para serle franco, ahora sólo puedo entregarle cinco mil libras. Usted me dejará su dirección en Londres y yo le

enviaré el resto, hasta la cifra mencionada, a la mayor brevedad posible.

—Muy bien, como quiera. Puede imaginarse fácilmente que no estoy en condiciones de hacer presión sobre usted. A fin de cuentas, estoy desheredada y, legalmente, no puedo reclamar nada.

—Traté de disuadir a su abuelo, pero todo resultó inútil. Incluso el señor Main intentó algo por el estilo, pero sir Arnold no quiso ni oírle.

—Sí, me consideraba la campeona de las prostitutas —dijo Edith, amargamente—. Pero será mejor que no mencionemos más este asunto. Sólo quiero pedirle un favor, señor Kethrie.

—Espero que esté en mi mano porque ya lo tiene concedido —sonrió el nuevo dueño de Ballymore Hall.

—Quiero llevarme a «Wolfie». No tengo el menor deseo de que un bruto como Ned Parr divierta sus ocios azotándolo con una correa.

Kethrie frunció el ceño.

—Reprenderé al jardinero —aseguró.

—Me da igual. Yo me marcho mañana y ese gorila con ropas de persona no volverá a ver jamás a mi perro.

—Ahora comprendo por qué se marchó usted, señorita —sonrió el antiguo secretario—. Tiene el mismo genio que su abuelo.

—Debe de ser cosa de la raza —contestó ella, con iodo desparpajo.

—No cabe la menor duda.

Kethrie abrió un cajón y sacó un papel alargado, que entregó a la joven. Ella le dio las gracias y se puso en pie.

—Nos veremos a la hora de la cena, supongo —dijo él.

—Claro. Vamos, «Wolfie».

Kethrie se acarició la mandíbula pensativamente al quedarse solo.

—Ese imbécil de Ned —murmuró.

* * *

Después de la cena, Edith sacó a pasear a «Wolfie» durante un buen rato. Luego se retiró a su habitación. El perro fue con ella.

—Bien, «Wolfie», ya estás de nuevo en tu dormitorio —dijo Edith, alegremente, recordando la dichosa época en que el can dormía enroscado sobre la alfombra que había al pie de la cama. Suspiró largamente—. Lástima que no podamos quedarnos aquí

—añadió, melancólica.

Se desvistió y tomó un libro para leer un rato. Pero el sueño la venció muy pronto y desistió de la lectura. Momentos después, dormía profundamente.

A la misma hora, Parr entraba en el despacho de Kethrie.

—Ya estoy aquí —dijo.

—Salta a la vista —respondió Kethrie, sarcásticamente—. Ned, me gustaría despedirle, pero no puedo.

—Eso ya lo sé —rió el jardinero.

—¿Por qué le pegaba al perro?

—Me puso furioso. Empezó a escarbar en el jardín, al pie del gran cedro... No es la primera vez que lo hace. Intenté apartarlo de allí, pero quiso morderme. Lo siento, me puse furioso y no pude contenerme.

Kethrie frunció el ceño.

—De modo que escarbaba al pie del cedro...

—Sí, señor. Hay un macizo de petunias muy hermosas y lo dejó hecho una lástima. Tendríamos que deshacernos de ese maldito perro, señor Kethrie,

—No se preocupe. Edith se lo llevará mañana.

—Ah, una buena noticia. Ya empezaba a odiar a ese can.

—Olvídelo ahora. Tenemos que hablar de algo interesante, pero antes ¿no le gustaría tomar una copa?

—Claro.

Kethrie llenó dos copas y entregó una al jardinero. Parr la vació de un solo trago y chasqueó la lengua.

—Muy bueno —elogió—. ¿Dónde está mi nuevo salario?

—En la copa —respondió Kethrie, fríamente. Los ojos de Parr hicieron irnos cuantos guiños.

—No entiendo —dijo.

De pronto, sintió que todo daba vueltas a su alrededor.

—¿Qué sucede? —exclamó, a la vez que buscaba el respaldo de una silla para mantenerse erguido.

—Ya se lo he dicho antes: su salario está en la copa. Parr cayó de rodillas.

—Me ha... envenenado...

—Sí —dijo Kethrie, con espantosa frialdad—. Cometió una terrible imprudencia al amenazarme. Nunca debió hacerlo, Ned.

Un hondo gemido brotó de los labios del jardinero. De pronto, cayó de bruces. En la atmósfera flotaba un leve olor a almendras amargas.

Kethrie permaneció en silencio durante unos momentos, mientras contemplaba el cuerpo inerte de su víctima. Luego, con paso tranquilo, se encaminó hacia la puerta. Al salir, cerró con doble vuelta de llave, la cual guardó en el bolsillo de su chaleco. Tenía que deshacerse del cadáver, pero antes quería hacer otra cosa.

CAPITULO IV

Sentada en la cama, pero no dentro, Mavis leía un libro cuando de pronto oyó el ruido de la puerta al abrirse. Alzó la vista y divisó la figura del propietario de Ballymore Hall.

—¡Vince! —exclamó, sorprendida, a la vez que saltaba del lecho.

Kethrie avanzó hacia ella, y le propinó dos tremendas bofetadas, que le hicieron dar varios traspiés. Mavis, con los ojos llenos de lágrimas, le miró aturdida sin comprender muy bien lo que sucedía.

—¿Por qué me pegas? —lloriqueó. Kethrie se inclinó hacia ella.

—Perra deslenguada—la apostrofó—.¿Por qué tuviste que contárselo a ese imbécil de Ned?

Mavis se quedó sin aliento durante unos segundos.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí, esta mañana. Pero ¿cómo pudiste ser tan imprudente?

—No lo sé. Debí decir algo en sueños una noche... Luego, él y yo tomamos una copa de más... Me mostré locuaz.

—Estúpida —gruñó él—. Has estado a punto de echarlo todo a rodar.

—Vince, Ned será discreto.

Kethrie emitió una risa escalofriante.

—Sí, será discreto. Ya no lo repetirá jamás a nadie —dijo. Mavis comprendió la verdad, y sintió un helado escalofrío.

—Está muerto...

—Muerto y bien muerto —dijo Kethrie, crudamente—. Me pidió un salario mensual de mil libras.

—No es gran cosa.

—No, ¿eh? Claro que mil libras no es demasiado. Lo peor hubiera venido después. Mavis, un chantajista nunca se detiene en sus peticiones. Sólo hay una forma de cerrarle la boca, ¿me entiendes?

Ella asintió lentamente.

—Por fortuna, el asunto estaba entre los tres. Sólo quedamos dos... y ya sabes lo que te conviene, si quieres seguir viviendo. Pero ¿por qué diablos tuviste que liarte con ese imbécil?

Súbitamente, Mavis empezó a quitarse la ropa de cama, arrancándola a puñados, hasta quedar completamente desnuda delante del hombre.

—Mírame —dijo—. Todavía soy hermosa y deseable. ¿Por qué no viniste a mi cama nunca? Tuve que hacerlo con Ned. Necesitaba un hombre, ¿me entiendes? ¿O es que pensabas que te rebajarías si te acostabas conmigo?

Kethrie se pasó una mano por la cara, como si no quisiera contemplar la atractiva visión que era aquel espléndido cuerpo que se le ofrecía sin el menor velo.

—No lo entenderías —dijo, sordamente—. Y no puedo explicártelo. Ella se le acercó con lentos movimientos.

—Quiero ayudarte —dijo—. Si tienes problemas, seré comprensiva.

—No, tú no puedes ayudarme —respondió Kethrie, sombríamente—. Nadie puede ayudarme, excepto... Bueno, ahora no puedo decírtelo. Algún día lo sabrás, Mavis.

—Como tú digas —suspiró ella, resignada—. ¿Qué piensas hacer con el cuerpo de Ned? Kethrie frunció el ceño.

—Es una lástima —murmuró—. Debí habérmelo pensado mejor. Pero me sentía tan furioso... Bien, no te preocupes; yo me encargaré de ese asunto. Y recuerda: la boca siempre bien cerrada.

—No hablaré, te lo juro.

Kethrie se encaminó hacia la puerta. Mientras lo veía salir, Mavis pensó en una frase que había escuchado a la anterior cocinera: «Ha llegado Satán», había dicho Tracy Jeffries. Pero ella, entonces, no le había dado importancia. Ahora veía que quizá aquella frase no resultaba del todo inexacta.

* * *

«Wolfie» se despertó de pronto, gruñendo de un modo extraño. Edith se despertó también y trató de hacer callar al animal, pero «Wolfie» parecía muy inquieto, por lo que se levantó y le acarició la cabeza varias veces. Sin embargo, y a pesar de cesar en sus gruñidos, el animal se mostraba intranquilo.

Edith se preocupó, ya que sabía que no era un comportamiento corriente en el perro. Intrigada, se acercó a una de las ventanas, sin haber encendido la luz. Miró hacía el parque. La oscuridad era absoluta. No se captaba el menor detalle.

—Anda, «Wolfie», échate —dijo.

El perro obedeció, no de muy buena gana. Sin embargo, Edith pudo dormirse tranquilamente de nuevo. Apenas había amanecido se levantó y abandonó el dormitorio con «Wolfie», tras un rápido aseo en el baño.

Paseó un buen rato por el parque, mientras el sol otoñal deshacía las hilachas de niebla que se enredaban en los árboles. Sentíase triste y deprimida, por tener que abandonar Ballymore Hall. Una vez se había marchado de allí, obedeciendo a un impulso irresistible. Pero en el fondo sabía que podía volver cuando lo deseara. Ahora, aquella casa, el hermoso parque, ya no eran suyos, no le pertenecían. Nunca más volvería a pasearse por los alrededores, ni a disfrutar del fuego de la chimenea, mientras afuera caía la lluvia mansamente,

Al cabo de un buen rato, emprendió el regreso. De pronto, vio que el perro escapaba velozmente en dirección a un macizo de petunias, situado muy cerca de un enorme cedro.

«Wolfie» empezó a escarbar en el suelo, sin el menor respeto para las plantas.

De súbito, oyó una voz estridente:

—¡Señorita Flandryn, aparte a ese maldito perro de ahí! Está destrozando mis flores, ¿me oye?

Edith corrió hacia «Wolfie» y lo agarró por la correa, llevándoselo a viva fuerza. El perro gruñía sordamente y le costó mucho tranquilizarse. Ella se volvió hacia la ventana de la planta baja, en la que aparecía el dueño de Ballymore Hall,

—Siento infinito lo ocurrido, señor Kethrie —se disculpó—, Ya no tendrá más quejas de mi perro; nos marcharemos apenas hayamos desayunado.

Kethrie no dijo nada, limitándose a cerrar bruscamente la ventana. Edith se preguntó qué le había hecho enfurecer tanto. A fin de cuentas, las petunias estaban hechas una lástima, se dijo.

Cuando terminó de desayunar, fue al despacho de Kethrie. El hombre estaba hablando por teléfono,

—Muy bien, doctor Cadwill, puede venir cuando guste. Le recibiré encantado... ¿Dice que ha hecho grandes progresos? Eso es estupendo, lo celebro infinito. ¿La semana próxima? Muy bien, le tendré preparado alojamiento. Adiós, doctor Cadwill,

Kethrie colgó el teléfono y miró sonriendo a la muchacha.

—Le ruego disculpe mi actitud. Esta mañana tenía un formidable dolor de cabeza y eso altera muchas veces el carácter de las personas.

—La culpa fue de «Wolfie» —contestó ella—. Pero ya no volverá a repetirse.

Solamente he venido para despedirme de usted y darle las gracias por su amabilidad.

—No las merezco en absoluto —respondió Kethrie— Siento mucho lo que sucedió..., pero ya no tiene remedio.

—No se preocupe. Por favor, ¿puedo llamar para que acuda un taxi y que me lleve a la estación?

—Oh, no tiene que volver a Londres en el tren. Yo mismo pagaré el taxi para que la lleve hasta la puerta de su casa, con toda comodidad y sin que tenga que soportar compañías quizá poco agradables.

—Muchas gracias —contestó Edith.

Media hora más tarde, embarcaba en el coche con «Wolfie». Al llegar a las inmediaciones de la cancela que permitía el acceso al recinto, volvió la cabeza, sintiéndose embargada por una gran melancolía.

—Adiós, Ballymore Hall —murmuró, hondamente conmovida.

* * *

—Te veo un poco preocupado —dijo Spencer Main.

El inspector Rewell, de Scotland Yard, asintió, mientras acercaba un fósforo encendido a la cazoleta de »u pipa. Aspiró varias veces, y al fin, lanzó unas densas bocanadas de humo.

—Detesto la pipa —dijo al cabo—. Pero la gente tiene la idea

preconcebida de que un oficial del Yard, de cierto rango, ha de ser de carácter flemático y fumar en pipa.

—¿Eso es lo que te preocupa, Jack? —rió Main.

—Bueno, en realidad se trata de otro asunto. Un caso no resuelto, a pesar de que han pasado cuatro años. ¿Recuerdas el triple crimen de los Sorani?

—Murieron el padre y dos hermanos. Alguien los acribilló a balazos, creo recordar.

—Así fue, Bud. Todavía no hemos podido encontrar al asesino.

—Una persona que mata a tres hombres a tiros no se esconde tan fácilmente, creo — observó el joven.

—Pues... el tipo consiguió esfumarse. No hemos vuelto a saber más de él.

—Eso significa que lo conoces.

—Más correcto sería decir que conozco su identidad, porque a él no le vi nunca personalmente.

—¿Un ajuste de cuentas? —sugirió Main.

—No. Venganza de otra venganza. Main enarcó las cejas.

—A ver, explícate, sabueso.

—Los Sorani eran unos comerciantes de origen italiano, que habían llegado a conseguir cierta prosperidad en su negocio de importación de frutas. La hija era, es, una preciosidad, y cometió la tontería de enamorarse de un tipo guapo y apuesto, llamado Warren Teale. Pero Sylvia, que ése es el nombre de la chica, no quería pasar por ciertas situaciones antes de haber visitado la iglesia. En cambio, Teale quería lo que quieren los hombres de una mujer, pero sin el compromiso que suponen unas bendiciones y una inscripción en el registro civil. ¿Lo entiendes ahora?

—Sigue, esto parece un melodrama de principios de siglo —sonrió el joven.

—Bueno, un día Teale se llevó a la muchacha a una casa de campo. Allí hizo lo que quiso con ella, y cuando estuvo harto, la soltó. Pero ella, como buena italiana, no vino a nosotros, sino que contó en casa lo ocurrido. Entonces, el padre y los dos hermanos se tomaron la justicia por su mano.

—Le dieron una paliza —supuso Main. Rewell se quitó la pipa de la boca.

—Ahora, Teale, esté donde esté, no puede hacer gala de sus aptitudes amatorias. Lo único que le está permitido físicamente es expulsar la cerveza.

—Diablos —respingó el joven—. Le...

—Sí, le cortaron todo. Main se estremeció.

—Una horrible venganza —murmuró.

—A su modo, Teale tenía el mismo espíritu que los Sorani. Se curó como pudo, aunque estuvo a punto de morir, y una vez restablecido por completo, buscó a los Sorani y voló tres cráneos a tiros. Es lo último que se ha sabido de él —concluyó el policía,

—Y tú sigues buscándolo...

—Sí, pero sin resultado. Ah, Bud, como me imagino el motivo de tu visita, debes saber que Harry Limerick está ya en chirona.

—Le habéis echado el guante, ¿eh?

—En efecto. Sin embargo, mucho me temo que tu compañía no pueda recobrar el dinero que os ha estafado.

Main se encogió de hombros.

—Lo cargarán en la cuenta de pérdidas y ganancias —contestó, a la vez que se ponía en pie—. Gracias, Jack.

—No se merecen —contestó Rewell—. A propósito, ¿qué tal te va en tu nuevo empleo?

—Bien, no puedo quejarme, sino todo lo contrario. En el despacho de Hannill, después de su muerte, ya no se podía progresar más. El hijo mayor se hizo cargo del bufete, pero sin demasiado entusiasmo, y yo me dije que no iba a quemarme las pestañas allí para que otro se llevase la parte del león. Y como hacía tiempo que en esta compañía andaban tras de mí, hablé con el consejo directivo y me concedieron el puesto.

—Más sueldo y menos trabajo —sonrió el inspector

—Sobre todo, perspectivas de futuro para un consejero en asuntos mercantiles y financieros —se despidió Main.

Salió a la calle. Mientras conducía su coche, se preguntó qué habría sido de Edith Flandryn.

Ya no necesitaba aguantar los malos modos del dueño de un music-hall de ínfima categoría. Ahora era una muchacha rica, aunque si se miraba bien, debería serlo mucho más. Pero aquel viejo atrabiliario y retrógrado que se llamó sir Arnold Flandryn, había dispuesto las cosas de otro modo.

En fin, merced a la generosidad de Kethrie, podía decirse que Edith no lo había perdido todo. Doscientas mil libras, bien invertidas, podían dar una saneada renta que la pusiera a cubierto de necesidades.

Pensando en Edith estaba cuando abrió la puerta de su apartamento y vio a la muchacha en compañía de un enorme mastín.

CAPITULO V

Durante un momento, permaneció inmóvil, con la boca abierta. Edith se levantó sonriendo, con la correa del can en su mano izquierda.

—Me siento pasmado —dijo él, por fin—. Cuando venía hacia casa, yo me preguntaba qué habría sido de usted y veo que está aquí.

—Vine porque no sabía adónde ir con el perro. De lo contrario, habría buscado un hotel. Usted tiene un pequeño jardín, y «Wolfie» puede estar así mejor, que no encerrado en un piso.

—¿De dónde ha sacado ese perrazo? —inquirió Main, que no acababa de dar crédito a sus ojos.

—Es mío desde que tenía un mes. Cuando llegué a Ballymore Hall, un brutal jardinero le estaba azotando salvajemente. Eso no lo habría hecho de estar vivo mi abuelo; por eso, cuando me marché, dejé a «Wolfie» en la casa, seguro de que estaría bien cuidado.

Main se quitó el sombrero hongo y dejó a un lado el paraguas enrollado y el portafolios.

—Está bien, «Wolfie» puede quedarse aquí. Pero usted, ¿cómo ha entrado en la casa?

—Oh, su asistenta me dijo que podía aguardarle aquí. Vine a mediodía y... Me parece que me he tomado demasiadas libertades.

—Vamos, muchacha, no sea tímida —sonrió él—. Suelte a «Wolfie», sin miedo. La valla del jardín es lo suficientemente alta para que no pueda escapar.

—No sé cómo darle las gracias, señor Main.

—Recuerde que debe llamarme Bud. ¿Quiere beber algo?

—No, gracias, ya tomé el té. ¿Verdad que no le importa quedarse con «Wolfie» unos días? Es muy cariñoso con los amigos... ¡«Wolfie»! —llamó.

El perro se acercó a Main, olfateó un poco y luego se dejó rascar la cabeza mansamente. Edith añadió:

—También se ha hecho muy amigo de su asistenta, la señora Parks.

—A ella le gustan los perros —dijo Main, mientras se servía una dosis de escocés—.

Bien, cuénteme sus andanzas por Ballymore Hall.

—No puedo quejarme —respondió la muchacha—. He hablado con Kethrie, se ha mostrado muy cortés y amable y, desde luego, dispuesto a entregarme la suma que le anunció a usted.

—Ah, no se la ha dado... Edith le enseñó el cheque.

—Cinco mil libras —anunció—. Dijo que tenía que realizar diversos valores y que ello requería un tiempo prudencial para no vender con pérdidas.

Main frunció el ceño.

—¿Eso le ha dicho?

—Sí. Parece lógico, ¿no?

—Lo parece para el que no esté enterado de ciertas interioridades —contestó el joven.

—Por favor, explíquese —solicitó Edith, muy intrigada.

—Muchacha, puede que usted no lo sepa, porque me imagino que su abuelo no le daría muchos detalles de la forma en que había invertido su fortuna. Pero yo estuve en el bufete de Hannill, su abogado, y llegué a conocer íntimamente todo cuanto se refería a Ballymore Hall, a la propiedad y al dinero de su dueño. Sí, ciertamente, sir Arnold tenía buena parte de su capital invertido en valores, pero en vísperas de su muerte había una cuenta corriente de cuatrocientas mil libras esterlinas.

Edith saltó en su asiento.

—Entonces, ese hombre me ha mentido —exclamó.

—No me cabe la menor duda —confirmó Main—, Pero aún hay más. Si Kethrie quisiera doscientas mil libras, no tendría más que pedirlas al Banco, con la garantía de los valores. Sería cuestión de unas cuantas firmas, créame. Yo sé lo que me digo y eso es algo que podría hacer perfectamente, suponiendo que no dispusiera del efectivo suficiente para abonarle lo que le prometió.

Ella asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Entonces, puede que me haya estafado —murmuró.

—Sería muy difícil de probar, suponiendo que lo consiguiéramos. No olvide que hay un testamento en regla. Y que yo mismo lo redacté.

—Entonces, si quiere, se ha quedado despachado con las cinco mil libras que me dio esta mañana.

—Nadie puede obligarle legalmente a que le dé un penique más —contestó Main, muy serio.

Edith apretó los labios.

—Bud, ¿sabe lo que estoy pensando? —dijo.

—A ver, hable.

—El testamento es una falsificación.

—Muchacha, lo redacté yo y vi a su abuelo firmarlo en la víspera de su muerte." Y varias personas firmaron también para testificar que sir Arnold había corroborado, con la firma, su última voluntad.

—Usted vio a mi abuelo.

—Y hablé con él.

Edith pareció sentirse desanimada.

—Entonces, no hay solución —murmuró—. Bud, el dinero no me importa tanto como Ballymore Hall. Le dije en cierta ocasión que vivir allí permanentemente resultaría depresivo para mí, pero no poder volver unas cuantas veces al cabo del año...

—Tendrá que resignarse —aconsejó él—. Y ahora, si le parece, ¿procuramos animarnos con un trago antes de preparar la cena?

—Yo me encargaré de la cocina. Ah, ¿sabe si hay un hotel en la vecindad? Alguna mujer que quiera alquilarme un par de habitaciones, por ejemplo, a

falta de un hotel...

—Edith, si confía en mí quédese por esta noche en casa. Le cederé gustoso mi dormitorio y yo iré a la habitación de los huéspedes. Puede cerrarse por dentro si lo desea.

Ella le dirigió una mirada llena de sinceridad.

—No necesito utilizar la llave —dijo. De pronto, le entregó la correa—. Ande, saque a

«Wolfie» al jardín un rato mientras yo me encargo de preparar la cena. He visto unas chuletas estupendas en el refrigerador.

Main y el perro echaron a andar hacia la puerta.

—La carne me gusta poco hecha —advirtió él, en el momento de cruzar el umbral.

* * *

Por la mañana, al desayunar, Main apreció que Edith tenía los ojos muy brillantes.

—He estado desvelada buena parte de la noche —confesó ella.

—Apostada junto a la puerta, con un garrote en le mano —rió Main de buena gana.

—No, ya estaba «Wolfie» a los pies de la cama. Pero pensaba en el abuelo.

—Oh...

—Usted le vio y habló con él.

—Se lo dije anoche.

—Pero no lo había visto nunca anteriormente.

—No, era la primera vez que viajaba a Ballymore Hall.

—Entonces, ¿cómo sabe que el hombre que firmó el testamento era sir Arnold? Main se quedó parado un momento. Luego exclamó:

—Vamos, vamos, muchacha; no sea fantástica. ¿Acaso está pensando en una suplantación de personalidad?

—¿Y si hubiese ocurrido como acaba de decir?

Main se limpió cuidadosamente los labios con la servilleta.

—Voy a decirle una cosa, Edith —habló con gran calma—. En primer lugar, Hannill, que examinó las firmas, no encontró nada sospechoso. En segundo lugar, estaban presentes la cocinera, la doncella y el viejo jardinero, por no hablar del ama de llaves. ¿Cree usted fácil engañar a cuatro personas? No hablo de mí, porque era la primera vez que veía a sir Arnold, pero los demás llevaban años con él.

—Y ahora ya no están en Ballymore Hall. Salvo el ama de llaves.

—Al menos, la cocinera y el jardinero eran gente de edad. Sir Arnold les dejó unas mandas en el testamento, de cierta importancia. Quizá pensaron que era hora de dedicarse al descanso. En cuanto a la doncella, no puedo apuntar ninguna hipótesis. Y la señora Hook sigue en Ballymore.

—Ella entró en el servicio después de mi marcha —dijo Edith.

—Bien, personalmente, creo que debe desechar esas ideas...

—Y yo creo que, pese a todo, el abuelo no era capaz de dejarme sin un penique. Main hizo un gesto con las manos.

—No sé qué decirle —manifestó—. El testamento es inatacable jurídicamente. Claro que usted puede impugnar su ejecución, pero se plantearía el problema de un proceso larguísimo y muy costoso.

—Sí, ya sé que eso cuesta dinero —admitió ella pensativamente—. De todos modos ahora tengo algunos fondos y no me voy a quedar parada, mano sobre mano. He estado pensando mucho esta noche, ¿sabe?

—Y ¿qué ha decidido? —sonrió él.

—Luchar.

Main tomó un sorbo de café.

—Si ésa es su decisión, no puedo contradecirla. Pero, ¿qué piensa hacer en primer lugar?

—Iré a visitar a Rheba y a Andrew. Ellos conocían mi dirección en Londres y me escribieron al dejar Ballymore Hall. Andrew, sobre todo, llevaba más de treinta años en la casa. En cuanto a Rheba, ya estaba cuando mis padres murieron. Y yo tenía ocho años entonces.

—De acuerdo, visítelos y hable con ellos. ¿Qué hará de «Wolfie»?

Antes de contestar Edith pensó en la extraña afición del perro a escarbar en las inmediaciones del cedro. Main tomó su silencio como una expresión de las dudas acerca de lo que iba a hacer con el animal y se echó a reír.

—Le propongo una cosa —dijo—, Usted no tiene demasiadas prisas. Puede quedarse en mi casa tres días, hasta el viernes. Entonces, iremos a casa de mis padres. Viven en el campo y hay sitio de sobra para un perro como «Wolfie». Lo dejamos allí y vamos juntos a visitar a la cocinera y al jardinero. ¿Le parece bien?

Edith sonrió muy aliviada.

—¡Hecho! —exclamó, agradecida.

* * *

Desde la ventana de su habitación, Mavis Hook vio el furgón de carga que se había detenido frente a la casa. Casi inmediatamente, llegó un automóvil, ocupado por dos personas.

Una de ellas era un sujeto bajito, regordete, con todo el aspecto de una pelota sostenida por dos palitos y rematada por otra pelota más pequeña, que era su cabeza. La otra persona era una mujer alta, delgada, angulosa, de nariz corva y ojos como cuentas de azabache, parcialmente velados por los gruesos cristales de las gafas que llevaba puestas. Kethrie salió casi de inmediato a recibir a los recién llegados. Habló brevemente con ellos y luego se dirigió al conductor del furgón. El vehículo arrancó inmediatamente para dirigirse a la trasera de la casa. Entonces, Mavis decidió abandonar su observatorio.

Oyó ruidos de objetos que eran transportados al sótano, que había sido

despejado de trastos viejos los días precedentes y acondicionado como si alguien fuese a vivir allí. Kethrie, con los dos recién llegados, dirigía la descarga de los bultos que había traído el furgón.

Cuando se terminaron todas las operaciones, Kethrie cerró el sótano con llave. La cerradura había sido cambiada y sustituida por otra de seguridad. Un poco más tarde, oyó la campanilla de llamada.

Kethrie estaba en el salón, con los dos extraños. Apenas entró, hizo las presentaciones:

—Mavis, éste es el doctor Cadwill. Su ayudante, la señorita Prynn. El doctor y su ayudante van a ser huéspedes de Ballymore Hall durante una temporada. Usted se ocupará de su comodidad.

—Sí, señor —contestó Mavis con voz impersonal.

Cadwill dirigió al ama de llaves una mirada llena de impertinencia.

—Estoy seguro que nos entenderemos bien, señora Hook —dijo con voz que parecía salir de un pozo profundo.

—Haré todo lo posible para que así sea, doctor.

—El doctor Cadwill —continuó Kethrie— es un eminente biólogo, que está realizando unas importantes investigaciones, para lo cual necesita el aislamiento y la tranquilidad que sólo pueden encontrarse en esta casa. Advertirá a la servidumbre que atiendan sus menores deseos y que no los molesten en absoluto en el laboratorio que estamos instalando en el sótano.

—Sí, señor. ¿Algo más, señor?

—No, gracias, señora Hook.

En presencia de los extraños, Kethrie y Mavis se trataban impersonalmente. Por dicha razón, a la noche, cuando todo el mundo dormía en Ballymore Hall, Mavis, sigilosamente, se trasladó al dormitorio del dueño de la casa.

Kethrie estaba leyendo, sentado en un butacón. Ella entró, cerró la puerta silenciosamente y avanzó unos pasos.

—Vince, ¿qué te propones? —preguntó.

—Mavis, haz el favor de no meterte en mis asuntos —contestó él con gran frialdad—. Pero si te satisface saberlo, te diré que el doctor Cadwill está aquí porque espero que sus investigaciones lleguen a solucionar ciertos problemas que tengo y de los cuales ya sabes algo.

Mavis sonrió.

—Ah, conque es eso —murmuró—. Bueno, si te cura y... como has dicho, resuelve tu problema, no tengo nada que oponer, sino todo lo contrario.

—Mavis, quiero decirte una cosa. Hace ya tiempo que debería haberte hecho mi esposa. Sin embargo, no he querido dar ningún paso en este sentido, porque me imagino que tú no quieres un marido nominal. Aguarda a que esté curado... y sabrás de veras lo que es un hombre. Pero entonces no volverás a mirar a otro. ¿Entendido?

Mavis se inclinó sobre él y le besó en una mejilla.

—Sabré esperar, querido —respondió cálidamente.

CAPITULO VI

El hombre se apeó del autobús, y cargó al hombro la bolsa de lona en que llevaba su equipaje. Era alto, tremendamente robusto, de unos treinta y cinco años y ofrecía un aspecto altamente saludable. Mientras el autobús arrancaba de nuevo, contempló el pueblo cuyas primeras casas se hallaban a un par de cientos de metros.

Entonces, ovó el ruido de un automóvil que se acercaba. Alzó la mano y Main, que era el conductor, pisó el freno.

—¿Se le ofrece algo, amigo? —preguntó.

—Voy a Ballymore Hall —dijo el sujeto—. ¿Pueden indicarme el camino?

Edith oyó aquellas palabras y se sintió inmediatamente invadida por una gran curiosidad.

—¿Acaso le han ofrecido trabajo allí? —quiso saber.

El hombre se quitó la gorra a cuadros que cubría su enorme cabeza.

—Pues sí, señorita... Me llamo Jake Iggles y escribí en contestación a un anuncio que leí en el periódico. En Ballymore Hall necesitan un hombre joven y fuerte, que pueda hacer toda clase de trabajos, y yo escribí con mis datos personales y un par de certificados médicos. Ayer recibí un telegrama, anunciándome que el empleo es mío y aquí estoy. Oiga, ¿son ustedes de Ballymore Hall?

—No, nosotros nos quedamos en el pueblo —contestó Main—. La casa a la que se dirige usted está a cinco millas hacia el nordeste. Atraviese Clyhaun y verá un camino con el indicador.

—Puede tomar un taxi en el pueblo —aconsejó la muchacha. Iggles sonrió.

—Tengo buenas piernas..., pero mi bolsillo está muy escuálido —contestó. Se tocó con dos dedos la visera de la gorra—. Gracias, señores —dijo como despedida.

Edith frunció el ceño.

—Me pregunto para qué necesitarán en Ballymore un hércules como Iggles — murmuró—. Ya tienen a Parr...

—Ahora hay un nuevo dueño, muchacha. Indudablemente, Kethrie tiene otras ideas sobra la forma de vivir en Ballymore.

—Sí, eso debe ser —suspiró ella.

Main movió la palanca de cambios y el coche arrancó de nuevo. Un cuarto de hora más tarde, llamaban a la puerta de la casita donde residía Andrew, el jardinero jubilado.

* * *

Edith quiso que Andrew les contara todo lo sucedido en la casa los días inmediatamente anteriores a la muerte de sir Arnold. Y concluyó su petición con una pregunta:

—¿Le sorprendió a usted la muerte tan súbita?

—Pues... —El anciano se rascó la mejilla con el pulgar—, A decir verdad, el comportamiento de sir Arnold en los últimos días era bastante extraño. Dos semanas antes, se quedó enfermo en su dormitorio y no se movía para nada. La señora Hook le subía las comidas...

—¿La señora Hook? —repitió Edith.

—Sí, eso he dicho, señorita.

—Andrew, usted llevaba infinidad de años en Ballymore. Sabe perfectamente que, cuando se quedaba en cama, por la causa que fuese, era Tracy la que le llevaba las comidas. Todo lo más, Annie, la doncella... pero, por lo regular, se encargaba Tracy. Así podía discutir con ella... le gustaba hacerle rabiar, burlándose de sus platos... A Tracy se la llevaban los demonios y sir Arnold se reía como un bellaco, con perdón...

Main se puso la mano delante de la boca, para ocultar una sonrisa. Edith continuó:

—De modo que durante dos semanas, fue la señora Hook quien se encargó de servir a mi abuelo. Bud, esto no me huele bien.

—Señorita, ¿qué está tratando de decir? —exclamó el antiguo jardinero.

—Aguarde un momento, Andrew —dijo ella—. Usted asistió al acto de la lectura y firma del testamento...

—Un momento. Yo sólo estuve presente mientras sir Arnold firmaba. Del contenido del testamento, no nos enteramos hasta después de su muerte, cuando el secretario nos lo comunicó.

—Andrew, usted sabe perfectamente que mi abuelo estaba enojado conmigo. ¿Le cree capaz de desheredarme?

—Francamente, no; pero las cosas resultaron así... A veces, señorita, uno piensa que un hombre es de una forma y luego resulta todo lo contrario... El señor Main, sin duda, le dirá que el testamento está en regla.

—Lo sabe ya, Andrew —manifestó el aludido.

—Yo lo lamento terriblemente, pero ¿qué puedo hacer?

—Nada. —Edith emitió una sonrisa comprensiva—. Usted ha hecho suficiente. ¿Sabe si Tracy está en su casa?

—Seguro, señorita.

Main quiso hacer una prueba antes de abandonar la casa.

—Andrew, usted trabajó treinta años para sir Arnold —dijo—. ¿Cree que el hombre que firmó el testamento en presencia de la servidumbre, y también delante de mí, era un impostor?

La respuesta del anciano fue clara, tajante:

—No, señor; era sir Arnold.

—Gracias, Andrew.

Edith y Main salieron a la calle. El la miró amistosamente.

—¿Convencida? —preguntó. Ella levantó la barbilla.

—Hablaremos con Tracy —contestó.

La entrevista con la ex cocinera no resultó mucho más fructífera. Tracy

Jeffries dijo que la señora Hook le había prohibido subir al piso superior, cuando sir Arnold cayó enfermo, ya que éstos eran los deseos del dueño de Ballymore Hall. Pero añadió dos detalles que a Edith le parecieron sumamente reveladores.

—Andrew no puede decirlo, porque él se ocupaba exclusivamente del jardín y muy rara vez iba al primer piso. Pero yo sí había estado allí infinidad de veces y a la semana de caer enfermo, aproveché un descuido del ama de llaves para ir a la habitación de sir Arnold. Quería preguntarle si estaba quejoso de mí, ya que no quería que le sirviese las comidas.

—¿Habló con él?

Tracy hizo un gesto negativo.

—La puerta estaba cerrada con llave. Y, que yo sepa, sir Arnold, jamás se encerró con llave en el dormitorio.

Socarrón, Main preguntó:

—¿Miró a través del ojo de la cerradura, Tracy?

—No se ve la cama desde allí, señor —contestó la mujer, enrojeciendo visiblemente.

—Está bien, ¿cuál es el otro detalle? —preguntó Edith.

—Bueno, cierta frase que pronunció sir Arnold en el acto de la firma del testamento... Era el primer día que bajaba al salón y lanzó uno de sus tacos. Quizá lo recuerde también el señor Main. Sir Arnold dijo: «Por cien mil diablos.»

Main sonrió.

—Sí, lo recuerdo.

—Pero sir Arnold nunca decía eso, sino, solamente: «Por mil diablos.» Claro que el pobre estaba ya en las últimas y quizá desvariaba...

Main y la muchacha emprendieron el regreso inmediatamente a Londres. Durante un buen rato, permanecieron silenciosos. Luego, ella dijo:

—Bud, quiero que se fije en una cosa. Mi abuelo se pone enfermo súbitamente y permanece en su dormitorio cosa de dos semanas. Luego se encuentra en condiciones de levantarse, baja al salón... y al día siguiente, aparece muerto. ¿Qué opina?

—Era muy viejo. ¿Hay alguna duda en el certificado médico?

—No, que yo sepa. —El puño de la muchacha golpeó súbitamente la repisa del coche—. ¡Pero estoy segura de que hubo suplantación!

—Edith, por Dios...

Ella se volvió en el asiento.

—Bud, quiero pedirle un favor —dijo—. Si no lo hace usted, yo lo haré.

—Está bien, diga de qué se trata y veré qué puedo hacer en su obsequio.

—Conseguir el testamento y comprobar la autenticidad de la firma.

—Edith, el señor Hannill no encontró nada sospechoso...

—¿Por qué varió súbitamente mi abuelo un testamento redactado, según yo sé, desde hacía muchos años?

—Recibimos una carta manuscrita suya, con las debidas instrucciones, eso

es todo. Una vez firmado el segundo testamento, el primero queda absolutamente invalidado.

—¿Recuerda, por casualidad, la fecha de esa carta? Usted es hombre de buena memoria...

—Sí —dijo él—. Por las fechas en que se produjeron todos esos sucesos, la carta fue escrita un par de días antes de que su abuelo se pusiera enfermo. Esto es, como dos semanas y media antes de su muerte.

Edith se hundió en su asiento.

—Entonces, no cabe la menor duda; no hubo suplantación... y mi abuelo me desheredó a sangre fría, con plena deliberación... y todo por la canallada que hicieron conmigo en aquella revista...

Main entornó los ojos.

—Edith, ¿recuerda usted el nombre de la revista?

—Sí, Yo misma recibí un ejemplar en casa, sin que lo hubiera pedido... Es la Sex-Typhoon... ¿Por qué lo pregunta? ¿Acaso quiere comprar un ejemplar, lascivo sujeto?

—No, mujer —contestó él—. Sólo quiero hablar con el editor. Si su abuelo, como parece lógico, y más a sus años, no era aficionado a esa clase de revistas, ¿cómo ¡legó a enterarse del caso?

—Convendría averiguarlo, en efecto.

—Pero deje que yo me encargue del asunto. Tengo cierta experiencia en tratar con la gente. ¿Entendido?

—Sí, Bud.

Main consultó su reloj.

—Si nos damos un poco de prisa, todavía llegaremos a tiempo de cenar en casa de mis padres y hasta podremos corretear un poco con «Wolfie» —dijo alegremente, a fin de levantar el decaído ánimo de la muchacha.

* * *

Después de cenar, el doctor Cadwill se levantó y dio las buenas noches a los comensales. Su ayudante. Vera Prynn, había cenado en el laboratorio, según dijo. Ahora iba a ver cómo marchaban sus trabajos.

Mavis se encargó de supervisar las operaciones de la retirada de la vajilla. Luego se encaminó a su dormitorio.

A las diez de la noche, Cadwill salió de la casa y fue al pequeño pabellón ocupado por el nuevo empleado. Jake Iggles estaba sentado en la salita, frente al televisor, contemplando una película policíaca, repantigado cómodamente, con un cigarro entre los dientes.

—Jake, necesito que me ayude —dijo el doctor—. Tengo que llevar un bulto pesado al sótano y mis fuerzas resultan insuficientes.

Iggles se levantó en el acto. El empleo era bueno, descansado y le pagarían un excelente salario. No quería incurrir en el enojo de los habitantes de la mansión. Además, le habían asignado como alojamiento lo que parecía un

palacete y, por nada del mundo, pensaba abandonar aquella bicoca.

—Lo que usted mande, doctor —contestó servicialmente.

Los dos hombres regresaron a la casa. En la cocina, Cadwill señaló un cajón de regulares dimensiones.

—Ese es, Jake.

—Sí, doctor.

Cadwill caminó delante de Iggles, hasta llegar a la puerta del sótano. Sacó la llave, abrió y dejó que el empleado pasara primero. Entró, cerró de nuevo y se adelantó con ridículos saltitos.

Cuando llegaron abajo, Iggles contempló asombrado el panorama.

—¡Cielos! —exclamó—. Esto parece una sala de operaciones.

—Bueno, necesito hacer unos experimentos... Señorita Prynn, ¿está todo listo?

—Sí, doctor —contestó la huesuda ayudante.

—Está bien. Venga por aquí, Jake.

Iggles siguió al obeso hombrecillo y dejó el cajón en el lugar que le fue indicado. Luego, Cadwill le dio una palmada en la espalda.

—Gracias, Jake. ¿Le apetecería una copa?

—Bueno, si es tan amable, doctor...

—Vera, sírvasela.

—Sí, doctor.

Iggles vació la copa de un trago y chasqueó la lengua

—Muy bueno —elogió.

Cadwill llevó la mano a su chaleco y sacó un cigarro.

—Fume, Jake, sin miedo.

El mismo Cadwill acercó su encendedor al extremo del cigarro. Pero Iggles no pudo dar más de dos o tres chupadas. Bruscamente, puso los ojos en blanco y se desplomó al suelo.

Vera lo contempló con curiosidad.

—¿Durarán mucho los efectos del narcótico? —preguntó.

—Lo suficiente —contestó Cadwill con risa siniestra—. Aguarde a que baje con Kethrie; lo necesito para colocarlo sobre la mesa de operaciones. Ese hombre pesa como un muerto... aunque todavía está vivo —añadió con una siniestra risotada.

Cuando Cadwill se alejaba ya hacia la escalera, Vera llamó su atención.

—¿Doctor?

Cadwill se volvió un poco.

—¿Si?

Ella hizo un gesto significativo, con el pulgar y el índice.

—No se olvide de lo más importante —aconsejó—. Que firme antes de... de empezar, por si la cosa saliera mal.

—Saldrá a la perfección —dijo Cadwill orgullosamente.

—Ya tuvo usted un fracaso...

—Los fracasos son los peldaños que conducen al éxito.

—Bueno, pero de todos modos, no cuesta nada estar prevenido.
—Está bien —asintió Cadwill—. Kethrie firmará antes de empezar.

CAPITULO VII

El hombre que estaba sentado tras la mesa de despacho miró críticamente a su visitante. Main le había hecho unas cuantas preguntas y Evans K. Wyler meditaba sobre las respuestas que debía dar.

—¿Por qué quiere saber eso? —preguntó el director de Sex-Typhoon.

—Tengo un interés particular en conocer la historia a fondo —declaró el joven—. Por si le interesa, le diré que todo cuanto se hable en este despacho será considerado, al menos por mi parte, como absolutamente confidencial.

Wyler contempló unos instantes la tarjeta de visita que su secretaria le había pasado, al anunciarle la visita de Main. El joven, pensó, era consejero asesor de una empresa de notoria importancia. Quizá la chica a la que se refería tenía algo que ver con un pez gordo de la empresa, se dijo.

Carraspeó.

—Bien... no negaré que hay muchas personas que consideran mi negocio como algo repulsivo, que debería ser raído de la faz de la Tierra, pero mientras haya tontos que compren esta clase de revistas...

—Sí, claro, el viejo refrán de: «Si no lo hago yo, otro lo hará», ¿no es cierto? —observó Main con sorna.

—Rigurosamente cierto —confirmó Wyler. Se cambió el puro de sitio en la boca y continuó—: Y otra cosa es verdad: la composición fotográfica está muy bien lograda y, de no habérmelo advertido usted, a mí no se me hubiera ocurrido siquiera que se trata de un engaño.

—A costa de la honorabilidad de una persona.

—Le aseguro que soy inocente por completo, al menos, en lo que a este caso se refiere. Se encargó la serie de fotografías, las tomaron en el estudio... y yo las envié a la imprenta, eso es todo.

—Alguien tomó las placas y luego hizo la composición fotográfica, ¿no es cierto? Wyler asintió.

—Le daré su dirección —manifestó—. Y, óigame, puede contar que ese individuo ya no va a trabajar más para mí, porque también edito otra clase de revistas y ese sujeto me hacía muchas fotografías. Mire, si una chica quiere trabajar en la pornografía, es cuenta suya; aquí nunca se fuerza a nadie a que no haga lo que le gusta. Los que lo hacen saben perfectamente de qué se trata y no pueden, por tanto, llamarse a engaño. Pero si la señorita Flandryn no es de ésas... entonces, no, no está bien, ¡qué diablos!

A Main le sonaban un poco falsas las exculpatorias frases de Wyler, pero no quiso hacer ningún comentario al respecto.

—De todas formas, antes de decirle que está despedido, deje, al menos, que hable con él —solicitó.

—Oh, sí, desde luego, no hay ningún inconveniente.

Wyler escribió unas líneas en una hoja del cuaderno de notas que tenía al alcance de la mano y, tras arrancarla, se la entregó al visitante.

—Ahora estará en su estudio —indicó.
—Gracias, señor Wyler. Puedo contar con su discreción —dijo Main.
—Por supuesto. Esta clase de asuntos me perjudican mucho. No toleraré que se repita, puede creerme.
Main asintió y abandonó el despacho. Treinta minutos más tarde, entraba en lo que parecía un gran garaje, con techo de cristal translúcido en su mayor^ parte y dividido por varios mamparos prefabricados. Al otro lado de uno de los mamparos se veían brillar unos focos y se oían risitas.
En el lado izquierdo del cobertizo divisó un muro con varias puertas cada una de las cuales tenía un rótulo: Vestuarios, Aseos, Laboratorio... También había una cuarta puerta señalada con el indicativo de «Privado».
De pronto, una mujer, todavía joven y de buen ver, apareció ante sus ojos.
—Hola —saludó, desenvuelta—. ¿Vienes por lo del anuncio?
—¿Cómo? —dijo Main.
Ella le contempló con ojos escrutadores.
—Tienes un buen tipo. Además, eres nuevo y eso siempre tiene alicientes. Siéntate un momento y espera a que termine. Luego haremos un par de pruebas privadas, tú y yo solos.
Main frunció el ceño y miró el papel que le había dado Wyler.
—Busco a un tal F. Beems —dijo.
—Soy yo —contestó ella—. Frances, o Fanny, como prefieras. Pero aguarda...
Ella se marchó. Main se sentía desconcertado. Wyler no había mencionado para nada que el autor de la composición fotográfica fuese una mujer.
Al cabo de un rato, notó que se apagaban los focos. Dos hombres jóvenes y dos chicas corrieron a los vestuarios. Fanny se asomó.
—Cuando se vayan ésos —sonrió—. Por cierto, ¿cómo te llamas?
—Bud —contestó el joven.
Veinte minutos más tarde, se marcharon las dos parejas. Fanny llamó por encima de uno de los mamparos:
—¡Bud, ya puedes venir!
Main se puso en pie. Dio la vuelta a uno de aquellos frágiles tabiques y se encontró en una habitación con numerosos cojines y un enorme diván, encima del cual estaba Fanny completamente desnuda.
—Anda, ven —dijo ella, insinuante—. Haremos una prueba en «vivo»; siempre lo hago con los nuevos...
—Fanny, temo mucho que te has equivocado conmigo —respondió Main tranquilamente—. Eres muy hermosa, pero yo no he venido aquí para dejarme fotografiar.
Ella se sentó bruscamente en el diván.
—¿No vienes por lo del anuncio? —exclamó.
—Ni siquiera sé de qué se trata. —De pronto, Main desplegó el ejemplar de la revista que tanto había comprometido a Edith—. ¿Quién tomó estas fotografías?

Fanny se puso en pie y buscó una bata. Después de ponérsela, agarró la revista y la examinó atentamente.

—Son mías —declaró al cabo.

—El cuerpo de la mujer no corresponde a su cabeza.

—¿Eres policía?

—No, pero la policía podría intervenir. Ella se mordió los labios.

—Fue hace un año, quizá algo más —dijo—, Mi... estudio no marchaba todavía demasiado bien. Vino un hombre con otra revista y me enseñó a la chica. Estaba en el campo, con blusita y pantalones cortos. Anunciaba no sé qué... Dijo que me pagaría dos mil libras por una composición... Ya sé que no es ético, pero... ¿No te has visto alguna vez en un apuro de los gordos, expuesto a quedarte en la calle por falta de pago en el alquiler de la casa y sin los muebles y todas tus cosas, que se las queda el dueño para resarcirse de la deuda?

—No me he visto todavía en un caso semejante, pero me imagino fácilmente lo que debiste sentir.

—Gracias por tu comprensión. Esas dos mil libras me sirvieron para pagar algunas deudas y comprar más material para mi estudio. Cuando el tipo vino a visitarme, créeme, estaba con el agua, al cuello.

—¿Qué nombre dio? Fanny se echó a reír.

—Smith, ¿qué te creías? Bueno, hice la composición... y envié las fotografías a Wyler, eso es todo.

—¿Qué aspecto tenía Smith?

—Era alto, como tú, aproximadamente, más delgado...

—¿Le viste la cara? Fanny rió amargamente.

—No le vi más que la punta de la nariz. Llevaba puestas unas grandes gafas de color y una bufanda le tapaba la boca. Desde luego, hacía frío; era en noviembre. Debía estar muy constipado, poique tenía la voz ronca...

—O disfrazaba también su tono de voz.

—Es posible.

—¿Te explicó los motivos de su petición?

—No, ni se me ocurrió preguntarle siquiera. Oye, no irás a denunciarme ahora a la policía —se alarmó Fanny.

—Descuida, esto es un asunto muy privado y lo que menos tengo son ganas de que la policía meta la nariz. Supongo que Smith no te daría su dirección.

—No. Me pagó, se marchó... y de acuerdo con el trato que hicimos, yo envié las fotografías trucadas a Wyler, eso es todo.

Main recobró la revista y la rompió en mil pedazos.

—Gracias, Fanny.

Ella se le acercó, suplicante.

—Quédate un poco... Ya sé que hice mal, pero entonces estaba desesperada... Main recordó algo que había comentado en el despacho de Wyler.

—No te preocupes. Si no lo hubieras hecho tú, Smith habría buscado otro fotógrafo.

Adiós, Fanny.

—Adiós, Bud.

Al salir, Main se quedó muy preocupado, pensando en que, a pesar de todo, Wyler no había sido completamente sincero con él, al darle a entender que el autor de la composición fotográfica era un hombre y no una mujer. Quizá, se dijo, Wyler esperaba que Fanny le «ablandase» con sus innegables encantos físicos.

* * *

—De todas formas, no podemos hacer nada —dijo aquella noche, antes de la cena—. Sí, se podría intentar una demanda contra la revista, pero el escándalo sería peor. En lo que a mí se refiere, sé que es inocente y eso me basta. Además, estas revistas proliferan como hongos. Ha pasado más de un año y el que la vio la ha olvidado por completo.

—No es una cosa demasiado consoladora, pero menos es nada —suspiró Edith—. De todas formas, eso indica algo.

—¿Sí?

—La culpabilidad de Kethrie. Presiento que fue él quien organizó este asunto, para enfurecer a mi abuelo y conseguir que me desheredase.

—Es posible, aunque a esa hipótesis se le puede formular una seria objeción.

—¿Cuál, Bud?

—La revista se publicó hace más de un año. La modificación del testamento fue hecha poco antes de la muerte de sir Arnold, es decir, hace unos cinco meses...

—Quizá Kethrie aguardó a que empeorase su salud. Supo aguardar el momento oportuno, de modo que mi abuelo se encontrase ya muy enfermo, aunque con las fuerzas suficientes para escribir a Hannill y pedirle que redactase un nuevo testamento.

—Si es así, demostró mucha sangre fría, Edith.

—¿Por qué?

—Sir Arnold firmó la víspera de su muerte. Era correr demasiado riesgo. ¿Qué hubiera pasado si hubiese muerto antes de la firma?

—Estaba la carta...

—No era suficiente. Usted podría haberla impugnado, basándose en incapacidad física o mental. Pero al firmar, delante de cuatro personas que lo conocían bien, las dudas se disipan.

—Menos las de Tracy.

Main hizo un signo de asentimiento.

—Ella no le sirvió las comidas en su última enfermedad... y luego oyó una frase que no era corriente.

—¿Lo ve? —dijo Edith.

—No son evidencias que nos permitan iniciar una investigación oficial —objetó él—. Créame, si Hannill hubiera sospechado algo, habría solicitado inmediatamente que la policía tomase cartas en el asunto.

—Bud, ¿cuántos años tenía Hannill?

—Setenta y siete, me parece.

—Una edad muy avanzada, ¿no cree?

—Bien, sí...

—¿Qué tal su vista? Main frunció el ceño.

—Edith, ¿adónde quiere ir a parar?

—Supongamos, nada más que supongamos, ¿eh?, que mi abuelo hubiese muerto ya y que alguien, hábilmente disfrazado, tomase su puesto. ¿Qué se podría decir entonces?

—Es muy difícil, por no decir imposible...

—No es imposible. Hay muy pocas cosas imposibles, cuando se trata de una herencia de casi un millón de libras, sin contar Ballymore Hall y las tierras circundantes. Algunos harían cualquier cosa, con tal de conseguir una fortuna semejante.

—Sí, puede que tenga razón...

—Bud, la mejor forma de averiguar si tengo o no razón es comparando la escritura y las firmas de mi abuelo, en la carta y en el testamento, con otras firmas anteriores, de las cuales no podemos tener ninguna duda. Y esa carta y el testamento estarán en la oficina de Hannill, supongo.

—Desde luego.

—Ya sabemos que me complicaron en unas fotografías inexistentes, que enfurecieron al abuelo. El que pagó dos mil libras por ese trabajo, ¿no pudo pagar otro tanto a un cómplice que imitase la letra de mi abuelo y supiese disfrazarse también como él?

—En teoría, pudo ser...

—Y en la realidad también —dijo ella con gran vehemencia—. Es más, yo sospecho que fue el propio Kethrie quien desempeñó el papel de sir Arnold. Cuando Kethrie, disfrazado como mi abuelo, firmó el testamento, mi abuelo ya estaba muerto.

—Mujer, eso no puede ser... Su abuelo apareció muerto en su habitación y yo vi a Kethrie y a sir Arnold ya fallecido. El secretario no podía hacerse también el muerto.

—Es que, si hizo lo que yo pienso, mi abuelo había muerto ya hacía dos semanas. Main se pasó una mano por la frente.

—Es demasiado complicado —dijo—. Lo mejor que podemos hacer es aguardar al examen caligráfico del testamento. Mientras no estemos absolutamente convencidos de que la firma de sir Arnold es falsa, no podremos dar un solo paso.

—¿Irá usted a la oficina de Hannill?

—Sí, iré mañana mismo —respondió el joven, pensando que, tal vez, la

hipótesis de Edith, cuya sola base era la intuición femenina, podía convertirse en amarga realidad.

CAPITULO VIII

Jake Iggles despertó después de lo que le pareció un sueño muy breve, pero, al mismo tiempo también, de interminable duración. Tenía la mente embotada y sentía su lengua muy espesa y con un horrible sabor.

Vagamente, se dio cuenta de que estaba en una cama. Al intentar moverse, notó que tenía los brazos y las piernas sujetos a la cama por sendas correas.

Al mismo tiempo, percibió también un difuso dolor en el bajo vientre. Se preguntó si habría sufrido un accidente, del cual no conservaba la memoria.

Poco a poco, fue recobrando la conciencia y el dolor aumentó también. La sensación dolorosa se percibía bastante más abajo del ombligo. Sentía náuseas, todo le daba vueltas.

Estaba en una habitación de excelente temperatura. Así pudo apreciar que se hallaba completamente desnudo.

Movió un poco las piernas. Tenía unos vendajes... Alzó la cabeza y divisó las vendas.

—Pero ¿qué me ha pasado? —exclamó.

El dolor, quizá por un reflejo psíquico, se hizo de repente más agudo. Las correas le permitían mover un poco las piernas y dobló ligeramente las rodillas. Entonces, sintió un ramalazo de fuego.

Lanzó un terrible grito. De pronto, había comprendido.

El empleo, el magnífico sueldo, las referencias personales, incluyendo un análisis de sangre...

Iggles gritó desesperadamente. Alguien había cometido con él una terrible acción. ¿A qué diabólicos experimentos había sido sometido?

Enloquecido por el dolor, ciego de furia, forcejeó rabiosamente con las correas. En estado normal, era un hombre muy robusto; no habría tenido dificultad alguna en romper las ligaduras. Pero ahora había perdido gran parte de su fortaleza. Todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

De repente, sintió un seco chasquido en la zona dolorida. A los pocos momentos, notó cierta cálida humedad.

Alzó la cabeza de nuevo. Una gran mancha roja se extendía lentamente por los blancos vendajes. Desesperado, gritó y gritó hasta perder la voz, pero nadie acudió a sus frenéticas llamadas.

Poco a poco, se sintió invadido por una inmensa debilidad. Claramente se dio cuenta de que se estaba desangrando.

Supo que iba a morir. Extrañamente, no lo lamentó. Era mejor estar muerto que convertido en un eunuco, se dijo.

Su cabeza se ladeó ligeramente. Poco a poco, fueron cesando los movimientos de su pecho. El dolor se alejó conmiseratívamente y fue sustituido por una sensación de paz infinita.

Más tarde, se abrió la puerta. Un hombre se acercó a la cama y se estremeció al ver el vendaje lleno de sangre.

El doctor Cadwill lanzó un juramento. Vera llegó instantes después.

—Se ha desangrado —dijo ella.

—Casi es mejor —respondió Cadwill con espantosa frialdad—. Nos ha evitado un mal rato.

—Todavía tenemos que pasarlo, doctor.

—¿Cómo?

—Hemos de deshacernos del cadáver. Cadwill asintió.

—Ballymore Hall es muy grande —dijo cínicamente.

Luego miró hacia el mamparo de armazón de tubo metálico y tela que había al lado de la cama.

—Veamos al otro paciente —dijo.

Cadwill pasó al otro lado. Kethrie dormía profundamente. De cuando en cuando, se agitaba y murmuraba frases inconexas.

—¿Le despierto, doctor? —consultó Vera.

—No. Quédese un rato. En todo caso, aplíquele otra dosis de narcótico. A la tarde examinaré... los resultados de la operación.

—Espero que no haya fallado en esta ocasión —dijo ella. Cadwill se encogió de hombros.

—Siempre se puede intentar de nuevo —contestó indiferentemente.

* * *

Edgar Hannill miró fríamente al hombre que tenía frente a sí y que había trabajado para su padre durante un buen montón de años.

—De modo que sospecha que el testamento de sir Arnold es una falsificación —dijo.

—Así es, Edgar —contestó Main.

—No lo creo.

—¿Puede explicarme los motivos?

Hannill demoró un tanto la respuesta. Main sabía que el hombre que estaba frente a él no le tenía ninguna simpatía.

El viejo Hannill le había hablado en más de una ocasión de asociarle a la firma. No obstante, el hecho no se había producido. August William Hannill tenía ya demasiados años y había perdido el ánimo que tanto le distinguiera en el pasado. Su hijo Edgar influía demasiado en él, aparte de que nunca había visto con buenos ojos la posición preponderante que Main iba tomando en el despacho, merced a su inteligencia y afán de trabajo. Hannill hijo era engreído y orgulloso, tal vez, pensó, debido a un cierto complejo de inferioridad con respecto a un empleado de tan excelentes cualidades.

Muerto el viejo Hannill, Main no había querido permanecer por más tiempo del necesario en la firma, sabiendo que, tarde o temprano, se produciría el choque. Edgar Hannill no era como su padre y le gustaban más las diversiones que el trabajo constante y hasta aburrido, pero que, a la larga, daba buenos rendimientos. Aparte de ello, Main sospechaba que el joven

Hannill tomaba parte en asuntos quizá no ilícitos, pero tampoco muy legales, y no debía querer al lado a alguien que podía oponerse a sus manejos. Por tanto, no le extrañó la respuesta que Edgar Hannill le había dado. Lo cual no era obstáculo para intentar conocer sus argumentos.

—No creo en la teoría de la falsificación —dijo Hannill—. Mi difunto padre no lo habría tolerado jamás,

—Su difunto padre, como tantos otros, pudo ser muy bien engañado, lo cual no es ningún desdoro. Se trata de una herencia muy importante y en estos casos, cuando se redacta un testamento fuera de lo normal, parece lógico sospechar que algo no ha ido bien.

—La sospecha no es siempre evidencia de certidumbre —contestó Hannill en tono pedante y engolado.

—Pero se puede tomar como base para conseguir la certidumbre, en un sentido o en otro —insistió el joven pacientemente.

—Lamento no poder acceder a su petición, Bud. Estoy absolutamente seguro de que las cosas se hicieron en regla en este caso. Y tengo también la seguridad de que las firmas de sir Arnold son auténticas. Si ahora accediese a sus peticiones, se produciría un escándalo, nada conveniente para mi firma. ¿Lo entiende bien?

—Sí, demasiado —contestó Main, apretando mucho los labios—. En resumen, se niega a permitir ese examen caligráfico.

—Lo he dicho bien claro —repuso Hannill.

—Un juez podría ordenarle a usted la entrega de esos documentos.

—No lo dudo, pero, para conseguir esa orden judicial, tendría que exponer unos motivos muy razonables. La conducta de la señorita Flandryn no ha sido muy decorosa que digamos. Comprendo que los tiempos son otros y que la moral ha cambiado mucho, pero sir Arnold opinó de forma muy distinta y, por tanto, en uso de un derecho que nadie puede negarle, desheredó a su nieta.

Main se puso en pie.

—Edgar, quizá venga aquí con esa orden judicial y un alguacil —dijo.

—Hágalo —contestó Hannill sin pestañear.

* * *

—He estado pensando mucho —dijo Edith, después de que Main le hubo relatado su entrevista con Hannill.

—¿En qué, si se puede saber?

Edith estaba en pie y empezó a dar paseos por la sala. «Wolfie» alzó una vez la cabeza y luego volvió a tenderse en el suelo plácidamente.

—En la suplantación de mi abuelo —contestó ella tras una pausa.

—Edith, por favor...

La mano de la muchacha se alzó vivamente.

—Aguarde —pidió—. Deje que le exponga mi hipótesis.

—Bien, adelante. Hable.

—Mi abuelo se pone enfermo y durante dos semanas no sale de su dormitorio. Antes ha escrito una carta a Hannill, pidiendo que redacte de nuevo el testamento. ¿No es así?

—Así fue, en efecto.

—La carta pudo escribirla él, aunque yo no lo creo.

Kethrie falsificó hábilmente la escritura. Es muy posible que se diese cuenta de que mi abuelo estaba va en las últimas.

—Pero murió diecisiete o dieciocho días más tarde.

—Aguarde, hombre. Mi abuelo murió mucho antes, dos semanas exactamente antes de que usted llegase con el nuevo testamento.

—¿Ah, sí? Edith, dígame, ¿cómo sucedió entonces que el médico viniese aquella misma noche y certificase su defunción sin el menor obstáculo? Un cuerpo no huele bien después de dos semanas de producido el fallecimiento, y perdone el detalle tan poco agradable.

—Mi abuelo estaba ya muerto —insistió ella—. Cuando Kethrie supo que usted iba a venir, tomó su apariencia y firmó el testamento, en presencia de los suficientes testigos, para que no existieran dudas. ¡Pero él no estaba presente en el momento de la firma!

—Estaba en Clyhaun, Edith.

Ella se volvió de pronto, con ojos llameantes.

—Esa noche se desencadenó una horrible tormenta —dijo—. Conozco bien la comarca—. Cuando llueve tanto, se inunda el barranco de Shaddleness Creek Estuvo lloviendo hasta la madrugada y, créame, en esas condiciones, Ballymore Hall queda incomunicado del pueblo.

—Pudo volver cuando se hizo de día...

—Si llovió toda la noche, antes de las diez de la mañana no se pudo cruzar el barranco, y eso con mu chas precauciones. Usted estuvo con él a las ocho de la mañana, ¿verdad?

—Más o menos —admitió el joven.

—Entonces, no cabe duda. Kethrie dijo que iba a Clyhaun, pero se quedó en casa. Porque ya había tomado el papel de sir Arnold y le convenía firmar el testamento en nombre de mi abuelo. ¡Qué casualidad, a la mañana siguiente, apenas firmado el testamento, sir Arnold aparece muerto!

—Edith, pongamos algunas cosas en claro. Supongamos que es cierto que su abuelo murió dos semanas antes. ¿Por qué esperar tanto tiempo?

—Porque era preciso que se redactase el testamento en la forma indicada, Porque Kethrie sabía que no podía darles prisa a ustedes para que fuesen con el nuevo documento aunque sí les hizo notar una urgencia moderada. Era preciso, en suma, dar sensación de un terrible enojo hacia mí, pero no mostrar una impaciencia extrema, que habría podido dar al traste con sus planes. Además, por conversaciones telefónicas habidas entre el viejo Hannill y el secretario, se sabía que era usted el que llevaría el testamento, ya que Hannill no estaba para muchos trotes. ¡Y usted no conocía personalmente a mi abuelo!

Main se acarició el mentón, profundamente pensativo a causa de los argumentos expuestos por la muchacha y que no carecían de lógica.

—Entonces, si su abuelo murió dos semanas antes... ahora, lo que importa es averiguar cómo conservaron el cadáver tantos días, para ofrecerlo luego al examen del médico de Clyhaun —dijo.

—¿Qué me dice de un gran frigorífico? Main dio un salto en su asiento.

—¡Edith! ¿Se imagina usted a Tracy, abriendo el frigorífico para sacar la carne de la cena y encontrándose allí a su abuelo?

—Hombre, Kethrie no iba a ser tan tonto de instalar ese frigorífico en la cocina. Hay otros sitios en la propiedad,.. el pabellón del jardinero, por ejemplo.

—Sí, pudieron colocar allí el cadáver y, después de firmado el testamento, lo llevaron a su dormitorio. Con tres o cuatro horas habría sido suficiente para que el cuerpo perdiera la rigidez cadavérica provocada por el intenso frío. Y si lo llevaron al frigorífico apenas muerto, se conservó perfectamente hasta el momento en que lo vio el médico de Clyhaun,

—¡Eso es exactamente lo que sucedió, Bud! —exclamó la muchacha con triunfal acento.

—Sí, puede que sea como dice... pero ahora hay que demostrarlo.

—Lo conseguiremos —dijo ella con ojos muy brillantes—. Iré a la policía y... Main hizo un gesto con la mano.

—Por favor —dijo— Hagamos las cosas con calma, sin precipitarnos. Parece que, en efecto, ha existido una terrible conspiración para despojarla a usted de lo que le pertenece legítimamente. Antes de hacer nada, ¿por qué no averiguamos quién es, en realidad, Vince Kethrie?

—¿Cómo piensa conseguirlo, Bud?

Main se acordó entonces del inspector Rewell.

—Tengo un amigo policía —contestó.

CAPITULO IX

Vince Kethrie despertó y notó cierta humedad en la entrepierna, al mismo tiempo que un dolor difuso. Alarmado, pensó en llamar para que le atendiesen, pero, casi en el mismo momento, apareció el doctor Cadwill.

—Me encuentro mal, doctor —se quejó Kethrie. Cadwill frunció el ceño.

—Temo que la operación no ha dado el resultado apetecido —dijo.

—¡Doctor! Usted me prometió...

—Le prometí y lo haré —atajó Cadwill enérgicamente—. Usted quiere conseguirlo y yo le daré lo que desea. Pero ya le advertí la primera vez que vino a verme que no sería fácil.

—Dijo que había hecho experimentos con pleno éxito.

—Sí, en animales. Perros, terneros... El ser humano es muy distinto, señor Kethrie.

—¿Entonces...? Cadwill frunció el ceño.

—Simplemente, tendremos que suprimir las causas de sus molestias, extirpar, curar, cicatrizar... y empezar de nuevo.

Kethrie lanzó una espantosa maldición.

—Me está sacando el dinero y no logra nada positivo —dijo rabiosamente. Cadwill se encogió de hombros.

—Hago lo que puedo —contestó—. ¿Vera? —llamó. La ayudante apareció instantáneamente.

—¿Sí, doctor?

—Ponga a nuestro paciente una inyección anestésica —ordenó—. Vamos a tener que hacer una pequeña extirpación.

Los dientes de Kethrie rechinaron.

—Doctor... —Iba a decirle que sólo le concedería otra oportunidad y que si fracasaba lo mataría, pero prefirió callarse. Estaba en manos de aquel médico y podía muy bien suceder que Cadwill evitase un triste destino eliminándole para su propia seguridad. Hizo un esfuerzo y consiguió sonreír—: Me pongo en sus manos —dijo, ficticiamente amansado.

—No le quepa duda de que son buenas manos —sonrió Cadwill.

Aquella noche, durante la cena, Mavis Hook preguntó por la salud del paciente.

—Mejora —contestó Cadwill escuetamente.

—Pero la operación no ha dado resultado —intervino Vera.

—Por favor...

—Ella tiene que saberlo, doctor —dijo la ayudante casi agresivamente.

—Está bien, he fracasado en esta ocasión —admitió ' Cadwill, con fingida humildad—.

Pero el trabajo me ha servido de mucho. He conseguido una gran experiencia...

—Tendría que salir de allá abajo —dijo Mavis pensativamente.

—¿Por qué? Está bien, cómodo, con calefacción...

—La servidumbre, doctor. No quiero que empiecen a recelar de una ausencia tan prolongada.

—Señora Hook —dijo Cadwill con cierta petulancia—, a la servidumbre de una casa como ésta no debe importarle en absoluto el tiempo que su dueño permanece ausente. Oh, no lo digo por usted, puesto que está enterada del asunto, pero convendría que pensara en ello, para el caso de que alguno de los sirvientes se atreviese a formular una pregunta que, considerada con benevolencia, podría ser calificada de impertinente.

Al menos, yo, en su lugar, no lo toleraría.

—Está bien, lo tendré en cuenta. Pero ahora nos enfrentamos con otro problema.

—¿Cuál?

—Una nueva intervención. ¿Dónde está el donante? Cadwill se secó los labios con una servilleta.

—Deje los detalles técnicos para mí, señora Hook. Yo no me meto en el gobierno de la casa, así que no se preocupe por mi tarea —respondió.

* * *

—La acusación es muy grave, Bud —dijo el inspector Rewell.

—Bien, de momento, no es acusación. Simplemente, expreso mis sospechas. Y las de Edith Flandryn —contestó Main, sentado frente a su amigo el policía en el despacho oficial de éste.

Rewell meneó la cabeza.

—No sé cómo solucionar este asunto —dijo—. No se puede ir a Ballymore Hall y decirle a Kethrie: «Oiga, usted es un impostor...»

El interfono sonó de pronto.

—Perdona, Bud —dijo Rewell, a la vez que se incorporaba hacia el aparato—. ¿Sucede algo, Benson?

—Señor, aquí hay una mujer que viene recomendada por un amigo suyo, el señor Harriman. Dice que quiere verle a usted, acerca de la desaparición de su prometido, Jake Iggles.

—Bien, sargento, dígale a esa señora que la atenderé en seguida, con mucho gusto.

—Dispense, inspector —insistió Benson—. La señorita Fenner ha mencionado un nombre que he oído casualmente, cuando llegó el señor Main. Dice que su prometido fue a Ballymore Hall y que no ha vuelto a tener noticias de él.

Main lanzó una exclamación.

—¡Es cierto! —confirmó—. Edith y yo hablamos con Iggles...

—Benson, haga pasar a esa mujer —ordenó Rewell.

—Sí, señor.

La puerta del despacho se abrió segundos después. Una mujer joven, de

unos treinta años, bien parecida, se detuvo tímidamente en el umbral.

—¿Inspector Rewell?

—Yo soy —contestó el aludido, en pie, al igual que Main—. Entre, señorita Fenner.

Puede hablar con entera confianza delante de mi amigo, el señor Main.

—Yo hablé con Jake el día en que llegó a Ballymore Hall —intervino el joven.

Rewell ofreció una silla a la visitante.

—Hable sin miedo, señorita Fenner —invitó.

—Bien, Jake y yo somos prometidos... El lleva una temporada de mala suerte; estaba sin trabajo y leyó un anuncio en el periódico. Ofrecían un buen empleo y parecía interesante, así es que dijo que iba a escribir. Le contestaron aceptándole y se marchó inmediatamente. Jake dijo que me escribiría muy pronto. A juzgar por el anuncio, podríamos casarnos y vivir allí... pero el caso es que no he vuelto a tener noticias suyas desde que se marchó.

—Al menos, llegó a Ballymore Hall —dijo Rewell, pensativamente—. Tú lo viste, ¿no, Bud?

—Bien, para ser exactos, Edith y yo hablamos con Jake a la entrada del pueblo. —Main se volvió hacia la joven—. Dijo que, efectivamente, se dirigía a Ballymore Hall, pero que no conocía el camino. Mi acompañante se lo indicó, eso es todo.

—La distancia no es muy grande, creo —intervino Rewell.

—Cinco millas, aproximadamente. Jake dijo que andaba escaso de fondos, de modo que decidió ir a pie, por no tomar un taxi.

—Tenía que haberme escrito inmediatamente, así lo acordamos —exclamó la joven con gran vehemencia.

—Cálmese, señorita Fenner —rogó el policía—. Escuche algo confidencial. Tenemos noticias de que suceden algunas cosas raras en Ballymore Hall. Voy a enviar a uno de mis mejores hombres a investigar y, apenas regrese, enviaré a buscarla, para comunicarle el resultado de nuestras pesquisas...

—Permíteme, Jack —intervino Main, a la vez que señalaba el teléfono—. Hay algo mejor y más rápido.

Rewell dudó un segundo. El joven añadió:

—Señorita Fenner, usted va a llamar a Ballymore Hall, como si lo hiciese desde su casa de Londres. Simplemente, pregunte por su prometido. Diga que quiere hablar con él, como una mujer que quiere tener noticias del hombre con el que espera casarse. Pero ha de tener en cuenta dos cosas: no mencione en absoluto que esperaba carta de Jake. Y, oiga lo que oiga respecto a su prometido, procure contenerse; no lance exclamaciones de sorpresa ni nada que se salga de la normalidad. ¿Lo ha entendido usted bien?

—Perfectamente, señor Main —contestó la joven.

—Jack, conecta el supletorio de tono alto, para que oigamos lo que dicen desde Ballymore.

Main sacó su agenda, en la que todavía tenía anotado el teléfono de Ballymore Hall y marcó el número. Apenas captó la señal de llamada, pasó el aparato a la joven.

—Puede que le conteste el ama de llaves, Mavis Hook —cuchicheó. Ella asintió. A los pocos momentos, se oyó una voz de mujer:

—Ballymore Hall. ¿Qué desea?

—Perdón, señora. Soy Maggie Fenner, prometida de Jake Iggles. Mi novio fue contratado para trabajar con ustedes. ¿Puede, por favor, decirle que se ponga al teléfono? No es nada de particular, sólo quiero charlar un rato con él...

—Lo siento, señorita Fenner. El señor Iggles vino, en efecto, a Ballymore Hall, pero no acabamos de establecer un acuerdo y se marchó. Siento no poder satisfacer sus deseos.

—Oh, ¿dijo adónde se iba?

—No. Lo siento. Buenos días.

La comunicación se cortó. Main tomó el teléfono de manos de la atribulada Maggie y lo puso sobre la horquilla.

—Jack, tenemos que hacer algo —dijo. El policía asintió.

—Pero tendremos que actuar con grandes precauciones. No podemos hacer nada sin sospechas bien fundadas y, desgraciadamente, en este caso, lo que sabemos es muy poco. Señorita Fenner, gracias por su colaboración, pero he de pedirle que no haga nada. Al menos, oficialmente, usted se va a contentar con la respuesta que ha obtenido de la señora Hook. ¿Era el ama de llaves, Bud?

—Sí, ella era —confirmó el joven.

—Deje su dirección al sargento Benson, por favor, señorita. Ah, una pregunta. Dice que su prometido fue a Ballymore Hall, en respuesta a un anuncio...

—En efecto —contestó Maggie—. Y todavía lo guardo aquí, porque en él figura la dirección.

Maggie abrió el bolso y entregó al policía un recorte de periódico. Rewell lo leyó atentamente.

—¿Para qué diablos necesitarían un ayudante de jardinero, con tantos requisitos? —Se asombró el inspector—. Estatura, peso, edad, medidas físicas, enfermedades que haya podido padecer con anterioridad, análisis de sangre... Bud, ¿no te parece que es demasiado pedir para un simple mozo?

Main cogió el recorte y lo leyó a su vez.

—Sí, es muy extraño. Pero también ofrecen alojamiento gratis y un buen sueldo... Es curioso —añadió—, si ya tenían un jardinero, Ned Parr, y desapareció sin que se sepa adónde ha podido ir a parar.

Maggie lanzó un gemido.

—Jake está muerto, lo presiento.

—Investigaremos a fondo, señorita Fenner —prometió Rewell—. Pero no espere que obtengamos resultados rápidos. Haremos todo lo que podamos,

puede estar segura de ello.

Main tomó a la joven por el brazo.

—La llevaré a su casa —dijo—. Jack, tenme al corriente de todo.

—Descuida, Bud.

* * *

Una semana más tarde, Main, al regresar a su casa, encontró a Edith en compañía de una hermosa joven de unos veintiséis años, que le resultó completamente desconocida.

—Bud, te presento a mi buena amiga, Sylvia Sorani —dijo Edith—. Me la he encontrado casualmente y me he permitido invitarla a tomar el té en tu casa. Espero que no te sepa mal. Sylvia me ha hablado de un apartamento muy bonito, que está vacío, y quizá me mude allí, hasta tanto encuentre algo interesante. No puedo vivir eternamente en tu casa —añadió, sonriendo.

—Eso no tiene la menor importancia —contestó el joven—. ¿Cómo está, señorita Sorani?

—Es un placer —dijo Sylvia—. Oye, Edith, no me dijiste que fuese tan guapo.

—Seguramente quiso darle una sorpresa —rió Main—. Bueno, si han tomado el té, ¿no quieren ahora algo más... sustancioso? ¿Qué prefiere usted, Sylvia?

—Bueno, dos dedos de whisky con un par de cubitos de hielo.

—Tú también, ¿no, Edith?

—Sí, gracias.

Al pasar, Main hizo una caricia a «Wolfie». Luego tomó la botella y se dispuso a servir la bebida. De pronto, algo vino a su mente de forma repentina.

—Sylvia —dijo.

—Sí, Bud...

—Perdone la pregunta, quizá resulta inoportuna... y hasta enojosa, pero ¿no fue usted la víctima de cierto suceso muy desagradable, por calificarlo de otro modo?

Sylvia se envaró.

—Es cierto —confirmó—. Fue algo terrible, sobre todo, por las consecuencias que trajo más tarde. Mi padre y mis hermanos se portaron como si todavía vivieran en la Italia de sus antepasados... y él, aquel miserable, los mató a tiros.

Main le entregó el vaso.

—Sylvia, créame que lamento infinito haber traído a su mente recuerdos tan amargos —dijo—. Pero no he podido evitar la curiosidad...

Ella bebió un buen trago.

—Fue algo horrible, en efecto —dijo—. Conste que yo traté de evitarlo; la verdad, no merecía la pena un castigo tan horrendo. Pero ya sucedió...

—¿Has vuelto a ver a Teale? —preguntó Edith.

—No. Me dejé cegar por él, hasta cierto punto, claro. Era un hombre muy arrogante, de palabra fácil... Tenía sus defectos, aunque alguno de esos defectos rebasaban los límites legales. Una vez me confesó, después de haber tomado un par de tragos de más, que había falsificado unos cheques. Incluso se disfrazó como el titular de la cuenta corriente y en el Banco no advirtieron nada. Warren se reía como un loco, cada vez que recordaba el hecho. Luego... bien, pasó aquello y...

Main se puso rígido.

—Ha dicho que falsificó una firma.

—Sí. Al menos, eso me contó él. Era un cheque extendido contra la cuenta corriente de un tipo ya viejo, muy avaro. Warren había trabajado para él como secretario, pero el individuo lo despidió, porque trapicheaba en sus libros de contabilidad. Para vengarse, se apoderó de uno de los cheques, falsificó la firma y apareció en el Banco con el aspecto del viejo. Nadie lo advirtió, hasta que al hombre le llegó la liquidación de su cuenta y se enteró de la estafa.

—Y no pudieron apresar a Warren —dijo Main.

—No. La verdad, yo conocía a aquel sujeto y no lamenté demasiado que le despojaran de unos miles de libras. Había hecho préstamos a mi padre, con uno intereses exorbitantes, así que me alegré de saber que Warren le había aligerado un poco el cofre. Después, claro, lo que hizo Warren... Pero ¿qué le pasa, Bud? ¿Por qué está tan serio?

—Sylvia, ¿recuerda usted la edad de Warren?

—Sí, ahora tendrá unos cuarenta años, aproximadamente. Main se volvió hacia la muchacha.

—Edith, es una afortunada coincidencia que te hayas encontrado con tu amiga Sylvia.

—Hubo un tiempo en que actuarnos juntas en aquel music-hall... ¿Por qué lo dices, Bud?

—Es bien sencillo —contestó el joven—. Mañana mismo iré a visitar a Edgar Hannill y, lo quiera o no, te obligaré a entregarme la carta que tu abuelo le envió, ordenando se redactase un nuevo testamento. Ahora es cuando no me cabe la menor duda de que estamos ante un caso de falsificación.

Edith se puso las manos en la cara.

—Entonces, Vince Kethrie es...

—Exactamente el mismo en quien estás pensando: Warren Teale —contestó el joven, ceñudamente.

CAPITULO X

La secretaria le informó que Edgar Hannill había tenido que salir de viaje y que estaría fuera algunos días.

—Si desea hablar con su pasante... —añadió.

—No, gracias —rechazó Main el ofrecimiento—. ¿Puedo utilizar su teléfono?

—Por supuesto.

Main levantó el aparato y marcó el número de su casa. Edith le contestó a ¡os pocos momentos.

—Soy Bud —dijo él—. Lo siento, Hannill está de viaje. Pero yo no puedo demorar más la solución de este asunto.

—¿Qué vas a hacer, Bud? —preguntó la muchacha.

—Ahora mismo salgo para Ballymore Hall. Tratare de volver a la noche.

—Pero...

—No te preocupes, no sucederá nada. Sólo quiero tantear el terreno, sin dar a entender que conozco la verdad. Del resto, si resulta cierto que Kethrie es Teale, cosa de la que no parece existir la menor duda, ya se encargará mi amigo el inspector Rewell.

—Está bien, pero ten mucho cuidado.

—Tranquila, nena; todo saldrá bien —se despidió Main.

La distancia a Ballymore Hall era de poco más de ciento cincuenta kilómetros, que podían cubrirse en menos de tres horas, sin necesidad de forzar el motor.

Poco antes de las doce, inició la pendiente que conducía al tramo hundido del barranco de Shaddleness Creek.

Al llegar al punto más bajo, detuvo el coche un momento. Trató de imaginarse lo que habría sido aquel lugar la noche de la tormenta, en que alguien que se hizo pasar por sir Arnold firmó el testamento. El camino, trazado solamente para llegar a Ballymore Hall, cruzaba perpendicularmente una angosta cañada, de fuerte pendiente, que recogía las aguas que escurrían de las colinas del lado este. Sí, en aquel lugar, debían producirse súbitas inundaciones, con notables aumentos del nivel de las aguas. El torrente así formado debía de tener una fenomenal potencia, debido a la pendiente, y arrastraría cuanto encontrase en su paso.

Tal vez, se dijo, sir Arnold debía de haber ordenado la construcción de un puente, pero las avenidas no eran, por otra parte, muy frecuentes y, además, resultaban de corta duración, unas horas a lo sumo, con lo que un posible bloqueo de Ballymore Hall quedaba descartado.

Arrancó de nuevo. Cinco minutos más tarde, tenía Ballymore Hall a la vista.

La verja que cerraba la tapia estaba abierta, lo cual parecía indicar que sus habitantes no sentían temor ante visitas de extraños. El camino ascendía en

curva hasta la puerta principal. Antes de detenerse, Main echó un vistazo al gran cedro que había en el lado oeste, a unos quince o veinte metros de la casa. ¿Qué había buscado «Wolfie» con tanto empeño?, se preguntó.

Detuvo el coche. La puerta se abrió casi de inmediato. Main subió ágilmente los escalones y dio su nombre.

—Deseo hablar con el señor Kethrie —manifestó.

—Soy Millie, la doncella, señor —contestó la mujer—. Temo que no pueda visitar al señor Kethrie.

—¿Cómo?

—Estuvo de viaje y regresó gravemente enfermo. El doctor Cadwill, que le atiende, le ha prohibido toda clase de visitas. De todos modos, avisaré al ama de llaves, señor Main.

—Se lo agradeceré.

En el vestíbulo, Main encendió un cigarrillo. Kethrie, gravemente enfermo. Era extraño, se dijo.

De pronto, apareció ante su vista un raro individuo, que le miró con gran curiosidad.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Main, abogado —contestó el joven.

—Me llamo Cadwill. Encantado de conocerle, señor Main.

Dos manos se estrecharon en un breve contacto. Cadwill entornó tos ojos.

—Parece fuerte, amigo —comentó.

—Lo corriente en un hombre de mi edad —sonrió Main.

—Fuerte y sano —añadió Cadwill—. ¿Qué tipo de sangre es la suya?

—Cero...

—¿Ha tenido alguna enfermedad grave o infecciosa? Main se puso rígido.

—No. ¿Por qué lo pregunta, doctor? Cadwill soltó una risita.

—No se preocupe, era mera curiosidad. Siempre hago estas preguntas a las personas jóvenes con quienes me encuentro. Entre otras cosas, estoy haciendo una investigación estadística y... Bien, no tiene la menor importancia. Muchas gracias, señor Main.

El joven estiró una mano.

—Aguarde un momento, doctor —dijo—, Me han informado de que el señor Kethrie está gravemente enfermo. ¿Puedo hablar con él?

—Por ahora, no, joven; está descansando y no quiero que se le moleste. A decir verdad, ya no está enfermo; ahora es un convaleciente, pero necesita tranquilidad.

—Doctor, ¿qué enfermedad tuvo el señor Kethrie?

—Anemia.

Cadwill ya no añadió una sola palabra más. Dio media vuelta y se alejó casi corriendo.

—Esperaré todo el tiempo que sea necesario, doctor, pero no puedo marcharme sin haber hablado con el señor Kethrie —dijo Main en voz alta antes de que el estrambótico individuo desapareciera de su vista.

Y casi en el mismo instante, llegó el ama de llaves.

* * *

Mavis tendió su mano al visitante.

—¿Cómo está, señor Main? —saludó cortésmente—. Me han dicho que desea hablar con el señor Kethrie.

—Así es, señora, aunque me he enterado de que está convaleciente de una grave enfermedad...

—Es cierto. —Mavis hizo un ademán—. ¿Quiere pasar al despacho? Tal vez yo pueda solucionar su problema; el señor Kethrie me distingue con su entera confianza.

—Gracias, señora Hook.

Main dejó que la mujer pasara delante de él. Mavis se acercó a la mesita de los licores.

—¿Le apetece algo? —consultó.

—No, gracias; en estos momentos no tengo sed. Me interesa, insisto, hablar con el señor Kethrie.

—Dudo mucho de que el doctor Cadwill lo permita, pero le prometo intentar cuanto esté en mi mano para que consiga sus propósitos. Sin embargo, ¿no puede anticiparme algo de lo que le ha traído a esta casa?

Main dudó un momento. Aquella mujer se había refocilado con Ned Parr, el brutal individuo que azotaba a «Wolfie». Decidió finalmente que no debía confiarse a ella.

—Lo siento, señora —contestó. Mavis sonrió.

—Usted es el representante de la nieta de sir Arnold —dijo.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió el joven.

—Estuvieron hace algunas semanas en el pueblo. Me lo dijo el antiguo jardinero. Parece que no están muy satisfechos con el testamento de sir Arnold y que consideran se trata de una falsificación.

Main maldijo entre dientes la locuacidad de un viejo ocioso, pero no quiso decir que sabía mucho más de lo que Mavis acababa de darle a entender.

—Así es —contestó envaradamente—. Pero no tenemos pruebas.

—Ni las tendrán. Es un testamento auténtico.

—Muy segura está de ello, señora Hook.

—Lo suficiente para afirmarlo rotundamente.

Main decidió entonces que el ama de llaves había tomado parte en la comedia.

—Eso, señora Hook, tendrán que decirlo los tribunales —contestó gravemente.

—Tengo la seguridad de que el señor Kethrie no temerá enfrentarse con un juez — respondió Mavis—. Y ahora, si me dispensa... Tengo trabajo.

El ama de llaves hizo una breve inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia el visitante.

—Los motivos de su estancia en Ballymore Hall no impiden que le invite a almorzar, si ése es su deseo —dijo.

—Gracias, señora.

Mavis abandonó el despacho. Main encendió un segundo cigarrillo. Ahora ya no tenía la menor duda de la culpabilidad de Kethrie. Pero ¿cómo un hombre, en apariencia robusto, había podido enfermar de anemia?

Ned Parr ya no estaba en la casa. ¿Qué había sido del apasionado jardinero? De pronto, oyó unos nudillos en la puerta.

—Adelante —dijo.

La doncella apareció en el umbral.

—Señor Main, ¿se queda a almorzar? —preguntó—. Lo digo para ponerle un cubierto. El joven hizo un gesto con la mano.

—Millie, entre —dijo—. Quiero hacerle una pregunta.

—Sí, señor.

La doncella franqueó el umbral y cerró la puerta.

—Millie, ¿ha visto usted al señor Kethrie?

—Sí, claro. Ahora está en la galería del lado este, al sol... Ha pasado muy malos momentos.

—Pero ¿está enfermo de veras?

La doncella mostró su asombro ante aquella pregunta.

—¡Pues claro que sí! —respondió—. No hay más que verle la cara; parece un difunto.

—De modo que es cierto que padece anemia.

—Eso ya no lo sé yo, señor. Lo único que puedo decirle es que se fue de viaje y que volvió muy enfermo. El doctor Cadwill cuida de él, junto con la señorita Prynn, su ayudante.

—Se va de viaje y vuelve gravemente enfermo —murmuró el joven—. ¿No habría sido mejor quedarse en un buen hospital?

—Yo no entiendo de esas cosas, señor; me limito a contarle lo que veo.

—Regresaría en una ambulancia, supongo.

—No lo sé, señor. Estuvo ausente. La verdad es que no le vi marcharse ni volver. A su regreso, nos informaron a la servidumbre de que el señor estaba gravemente enfermo, eso es todo lo que sé.

—Gracias, Millie. De modo que le atiende el doctor Cadwill.

—Así es. Llegó hace algunas semanas. El señor dijo que el doctor era un científico amigo suyo, que iba a realizar experimentos en el sótano. Desde luego, el doctor vino con un gran número de bultos, que trajo un furgón. Instaló el laboratorio en el sótano, en donde no se nos permite la entrada. Incluso han puesto una cerradura nueva, a prueba de ladrones.

Millie bajó la voz repentinamente.

—Hay muchas cosas raras en esta casa, señor. Rheba, la cocinera, dice que el señor es el mismísimo diablo. Por las noches, paso mucho miedo y me cierro con llave en mi dormitorio. Si no fuese por el sueldo, me iría inmediatamente.

—Oiga, hace poco vino aquí un joven llamado Jake Iggles ¿Le vio usted?

—Sí, pero sólo estuvo un día.

—¿Nada más?

—Nada más, señor; y es verdaderamente extraño porque aquella misma noche, al cenar con nosotras en la cocina, dijo que se sentía muy contento del empleo. Sin embargo, al otro día ya no estaba. La señora Hook dijo que Jake se había despedido sin dar explicaciones. ¿No le parece raro, señor Main?

Hubo un instante de silencio. Main empezó a temer lo peor con respecto a Jake Iggles.

—Si no me manda nada más, señor... —dijo Millie.

—Sólo una cosa —pidió el joven—. ¿Por dónde se va al pabellón del jardinero? ¿Quiere enseñarme el camino?

—Sí, señor. Sígame, se lo ruego.

CAPITULO XI

Desde la puerta posterior Millie señaló un pequeño edificio que había entre los árboles, a unos cincuenta o sesenta metros de la casa. Main dio las gracias y se encaminó en aquella dirección.

El pabellón era un edificio de una sola planta y construcción relativamente sencilla, con un cobertizo anexo, en el que, sin duda, se guardaban los útiles y herramientas de jardinería. Tras unos segundos de vacilación Main empujó la puerta, pero estaba cerrada con llave.

Dio la vuelta al edificio y se acercó a una ventana. El cristal saltó de un fuerte codazo. Metió la mano, aflojó el pestillo y abrió. Segundos después, estaba en el interior del pabellón.

Sí, aquello era la vivienda de un jardinero, modestamente amueblada aunque sin que faltasen las comodidades. Pero ¿dónde estaba lo que buscaba?

Encontró una cocina, un baño y un dormitorio. No obstante, le parecía que el pabellón era más grande de lo que daban a entender aquellas piezas.

Tanteó las paredes, cubiertas de un empapelado con dibujos ya pasados de moda. Al cabo de unos momentos, creyó haber encontrado lo que buscaba.

Sacó un cortaplumas y cortó un poco. Al tirar del papel, vio la puerta que había al otro lado, hábilmente oculta. Sonrió satisfecho.

Inspiró, para llenarse los pulmones de aire. Luego cargó con el hombro. La madera crujió. Al segundo empellón, la puerta saltó. Entonces, arrancó el papel con las manos y el paso quedó libre.

Allí estaba el gran frigorífico, tan alto como él. Tiró de la puerta y lo vio vacío y desconectado. Además, faltaban las parrillas para los alimentos. En realidad, era un armario en cuyo interior podían producirse bajas temperaturas, muy inferiores a los cero grados.

Bruscamente oyó una voz a sus espaldas.

—Lo ha encontrado —dijo el ama de llaves. Main continuó en la misma posición.

—Ahora es cuando tengo la plena seguridad de que sir Arnold no firmó el testamento —respondió—. Puede que falleciese de muerte natural, pero el hombre que firmó el testamento aquella noche no era sir Arnold.

—¿Está seguro?

—Ese hombre no se llama Kethrie. Su verdadero nombre es Warren Teale.

—¿Cómo lo ha sabido? —gritó Mavis.

—Sería largo de contar, señora Hook. Solamente he de decirle que la policía debe saber lo que sucede en esta casa.

—No lo sabrá. Vuélvase.

Main obedeció. Entonces vio que el ama de llaves empuñaba un revólver.

—¿Piensa matarme? —preguntó, serenamente.

—No. Con respecto a usted, hay otros proyectos.

—¿Puedo saber qué piensan hacer conmigo?

—Espere a que se lo cuente el doctor Cadwill.

—Señora Hook, debo advertirle que se enfrentan con un serio problema.

—Cállese —ordenó ella, enérgicamente.

—Sabemos positivamente que el testamento fue falsificado. Kethrie, o mejor dicho, Teale, es un tipo polifacético, que sabe imitar muy bien la escritura ajena, y disfrazarse con la apariencia de otra persona. Ya lo hizo, al menos que se sepa, en una ocasión. Aquí, en Ballymore Hall, tuvo dos años largos para estudiar a fondo las costumbres de sir Arnold. En ese tiempo se dedicó a imitar la escritura del dueño de la casa, hasta adquirir una perfección difícil de igualar. Estudió también sus costumbres, sus hábitos, su forma de hablar... y cuando creyó llegado el momento ejecutó el plan que se había trazado mucho tiempo antes, engañando a todo el mundo, incluyéndome a mí, que no conocía a sir Arnold personalmente.

»Fue una magnífica idea —continuó Main—. Primero, provocó las iras de sir Arnold, comprando a una fotógrafo, que hizo una composición con unas fotografías, en las cuales aparecía Edith Flandryn en escenas pornográficas. El desheredamiento parecía así lógico, sobre todo después de la ruptura entre abuelo y nieta. Al señor Hannill no le extrañó en absoluto, y de acuerdo con los deseos de su cliente, me encargó redactar un nuevo testamento. Pero la carta y las firmas de sir Arnold eran falsificaciones. Y cuando yo llegué, hacía dos semanas que sir Arnold había fallecido, y su cuerpo se conservaba en este refrigerador, al qué fue trasladado apenas se produjo su muerte. El cuerpo se congeló inmediatamente, y después de la firma del testamento, sir Arnold murió públicamente. El médico no notó nada porque encontró el cuerpo tal como estaba en el momento de su fallecimiento dos semanas antes, después de algunas horas de permanencia en el dormitorio, en el que, lógicamente, se produjo la descongelación del cadáver. Eso explica que fuese usted quien sirviese las comidas a sir Arnold, en lugar de la cocinera, que siempre lo había hecho cuando el anciano se encontraba enfermo. Pero en realidad lo que hacía usted era subir con una bandeja y tirar los alimentos por el sumidero.

»Sólo cuando Hannill anunció mi llegada se dispusieron a poner fin a la comedia. Aquel día, sir Arnold se decidió a levantarse de la cama, después de que, aparentemente, Kethrie hubiese ido a Clyhaun. La tormenta sirvió de magnífico pretexto para justificar la ausencia del secretario en el acto de la firma. ¡Pero Kethrie, o mejor dicho, Teale, estaba aquí, escondido en alguna parte! Y reapareció a la mañana siguiente, para dar la noticia del fallecimiento de sir Arnold.

Una ligera sonrisa jugueteó en los labios del ama de llaves.

—Diabólicamente inteligente —comentó—. Pero no le va a servir de nada.

—Como seguramente no les sirvió de nada a Ned Parr y a Jake Iggles, ¿verdad?

—Parr empezaba a creerse más importante de lo que era en realidad. En cuanto a Iggles... Bien, necesitábamos a un hombre de su clase. ~

—¿Para qué? —preguntó Main.

—El doctor Cadwill se lo dirá.

Cadwill apareció en aquel momento, seguido por su ayudante.

—He oído mi nombre —dijo.

—Doctor, aquí tiene a su paciente —sonrió Mavis.

—Magnífico —exclamó Cadwill—. Celebro mucho que lo haya mantenido a raya. ¿Vera?

—Sí, doctor.

La ayudante tenía en las manos un tubo de metal. Main notó que se trataba de un pulverizador.

—¡Eh! ¿Qué van a hacer conmigo? —se alarmó.

Antes de que pudiera evitarlo, Vera lanzó a su cara un chorro de gas. Main procuró contener la respiración, pero parte del gas narcótico había entrado ya en sus pulmones y notó que perdía las fuerzas.

Todo se hizo borroso ante sus pupilas. Las imágenes bailaron una danza frenética ante él.

Sus rodillas se doblaron. Cadwill se inclinó sobre el joven. A Main le pareció que estaba en poder de un terrible gigante.

—El señor Kethrie tiene un terrible defecto, no congénita, naturalmente —dijo el infernal galeno—. Hace algunos años, un padre y dos hermanos ofendidos juzgaron oportuno privarle de lo que en un hombre constituye su máximo orgullo masculino. Pero en esta época de trasplantes de toda clase de órganos, ¿qué prodigios no se pueden conseguir?

Las palabras llegaron a la mente del joven a través de una niebla espesísima. Pero pudo entender por completo su terrible significado.

Un furioso grito escapó de su garganta:

—¡No, no dejaré que me hagan una cosa así!

En el mismo instante, Vera le arrojó otro chorro de gas. Fue el golpe de gracia. Main empezó a inclinarse a un lado, pero ya no se enteró de que chocaba contra el suelo.

* * *

—Ese hombre ha cometido una terrible imprudencia —dijo furiosamente el inspector Rewell.

—Pero yo no podía retenerlo. Ni siquiera estaba en casa; simplemente me telefoneó desde el despacho del abogado Hannill. ¿Qué podía hacer? —contestó Edith, muy afligida.

—Me fastidian los hombres que se creen los mejores detectives del mundo y que no son más que vulgares aficionados. Si nosotros, con años enteros de experiencia y una formidable organización a nuestras espaldas, fracasamos en ocasiones, ¿qué pueden hacer los tipos curiosos e imprudentes como Bud Main?

—Inspector, él lo ha hecho con la mejor intención del mundo, para ayudarme —dijo la muchacha, tratando de disculpar a Main.

—Sí, pero a veces las buenas intenciones conducen al fracaso. Benson, ¿falta mucho?

—No, señor —contestó el sargento, sin volver la cabeza desde su puesto de conductor—. Unas dos millas para el pueblo y cinco más hasta Ballymore Hall.

Rewell sacó la pipa y la bolsa del tabaco.

—Teale es un hombre peligroso —dijo—. Fue por venganza, lo admito, pero mató a tres hombres duros a balazos. Además, es terriblemente astuto e inteligente. Ha sabido esconderse durante muchísimo tiempo y no sólo eso, sino que consiguió apoderarse de una verdadera fortuna. Por tanto, no estará dispuesto a que le arrebaten algo que considera como suyo.

Edith se estremeció.

—¿Cree que puede llegar a... a extremos irreparables?

—Esperemos más bien llegar nosotros a tiempo. —Rewell se aplicó durante unos momentos a encender la pipa y luego continuó—: Pero no le ocurrirá nada, muchacha.

—Inspector, ¿está seguro de que se trata de Teale? Rewell hizo un gesto afirmativo.

—No cabe la menor duda. El agente que envié a investigar, consiguió verlo ayer desde lejos con unos prismáticos. Conocía bien a Teale, de modo que no hay error en sus informes. Lo único que me extraña es su enfermedad.

—¿Enfermedad?

—Sí. Teale está en una silla de ruedas, muy delgado y abatido. No sé qué le habrá sucedido..., pero incluso desde una silla de ruedas se puede disparar una pistola.

—Sin embargo, una silla de ruedas no es un vehículo muy apropiado para escapar — objetó la muchacha.

—Puede ayudarle el ama de llaves. ¿No ha dicho usted que sospecha que es cómplice de Teale?

—Sí. Al menos, eso cree Bud. Rewell frunció el ceño.

—Por lo que sé, Mavis Hook es una mujer muy hermosa. Pero no comprendo cómo ha podido enamorarse de un hombre que está en las condiciones físicas de Teale. Además, es muy ardiente...

—Otros calmarán esos ardores —dijo Edith cáusticamente—. Pero sólo Teale puede darle dinero.

—Eso es muy cierto —convino el inspector.

Unos minutos más tarde, se detenían en la puerta de Ballymore Hall. Edith se apeó impetuosamente y abrió, sin necesidad de llamar. Apenas había dado un” par de pasos en el vestíbulo, divisó al ama de llaves.

—¿Dónde está Main? —preguntó. Mavis respingó.

—No sé nada de ese señor —contestó.

Mavis corrió hacia el ama de llaves y le asestó una terrible bofetada que la hizo rodar por tierra.

—¡Miente! —gritó—. Bud Main llegó aquí a mediodía. Dígame dónde

está o juro que...

Mavis se sentía estupefacta. El inesperado ataque de la muchacha, aparte del daño físico, la había hecho perder la iniciativa.

Aun así, trató de seguir negando.

—Repito que no he visto al señor Main... Rewell avanzó unos pasos y enseñó su billetera.

—Señora Hook, soy el inspector Rewell de Scotland Yard —se presentó—. Tenemos noticias de que el señor Main ha llegado a esta casa. Por tanto, si no se muestra dispuesta a cooperar, tendré que detenerla, acusada de secuestro.

Mavis se sentó en el suelo, con la mano en la mejilla abofeteada. La presencia de Edith con un policía le hizo ver claramente que todas sus ilusiones eran ya sólo un poco de humo.

De repente, apareció una mujer en la puerta que daba a las habitaciones del servicio.

—El señor Main está en el sótano —informó Millie—. Yo vi cómo el doctor Cadwill y su enfermera lo llevaban. Dijeron que había sufrido un grave ataque y que iban a curarlo.

—¿Y el señor Kethrie? —preguntó Edith.

—También está abajo, señorita.

—Un momento —exclamó Rewell—. ¿Ha dicho usted Cadwill?

—¿Le conoce? —preguntó Edith.

—Sí. Un supuesto genio del trasplante de órganos, que acabó siendo expulsado del Colegio de Médicos, por conducta irregular. Decía que podía trasplantar cualquier cosa...

—De súbito, Rewell sintió que se le ponían los pelos de punta—. ¡Dios mío, hemos de darnos prisa antes de que sea tarde! —exclamó, al darse cuenta de la horrible realidad.

Edith corrió hacia la puerta del sótano.

—¡Está cerrada! —gritó desesperadamente.

Millie señaló al ama de llaves, que continuaba en el suelo.

—Ella puede abrir —dijo.

CAPITULO XII

Main despertó con la cabeza atontada, dándose cuenta de que estaba tendido en alguna parte. Al intentar moverse, advirtió las ligaduras que le sujetaban brazos y piernas. También había una ancha correa que ceñía su cintura Lo único que podía mover era su cabeza.

Oyó ruido. Miró a derecha e izquierda y pudo ver a Cadwill trasteando en lo que parecía laboratorio y quirófano al mismo tiempo. A su derecha vio a un hombre tendido en otra mesa de operaciones, también desnudo como él, pero no atado.

Era Warren Teale, el hombre que había adoptado la identidad de Vince Kethrie durante tanto tiempo. Teale aparecía dormido plácidamente, aunque se le veía pálido y demacrado.

De pronto, Cadwill vino hacia él y le miró sonriendo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó. Main apretó los labios.

—Suélteme —pidió, secamente. Cadwill se echó a reír.

—Está pidiendo un imposible —contestó—. Tengo un paciente que me paga muy bien y he de complacerle, o siento por usted, pero ¡qué se le va a hacer! El precio es lo suficientemente alto para hacerme desechar todos los escrúpulos.

—Sí, creo que dice la verdad. No tiene escrúpulos... como no los tuvo con Jake Iggles, ¿verdad?

—Ah, Iggles... Un individuo verdaderamente robusto, un auténtico macho... Lástima que el trabajo resultara inútil. Problemas de rechazo, ¿comprende?

—¿Qué ha sido de Iggles? ¿Lo mató después de extirparle los órganos genitales?

—No. Se desangró y estaba solo. Cuando llegamos, ya había muerto. No me imaginé que sus esfuerzos por soltarse provocasen la rotura de las suturas. Fue una lástima.

—Lo habría matado después. No podía consentir que Iggles fuese por ahí, divulgando los horribles experimentos que se hacen aquí, ¿verdad?

Cadwill hizo un gesto ambiguo.

—Está muerto ya y eso es lo que importa —contesto cínicamente.

—Doctor, ¿cuánto le paga Teale por el... trasplante?

—Si se lo digo no me va a creer.

—Le creeré, de todos modos. Hable.

—Medio millón de libras cuando mi trabajo haya dado un resultado satisfactorio. Naturalmente, ya he recibido un anticipo de doscientas mil; todo esto que ve no me lo han regalado precisamente.

—Doctor, ese hombre que está ahí es un asesino. Tiene tres muertes sobre su conciencia.

—Pero también tiene mucho dinero.

—Conseguido ilegalmente, y casi con toda seguridad mediante otro asesinato.

—El dinero no tiene color, salvo el de los billetes, ni olor, pero sí tiene un sabor exquisito; el de las cosas buenas que puede proporcionar —respondió Cadwill, desvergonzadamente—. ¿Qué me importa a mí lo que haya podido hacer Kethrie, o, como usted lo llama, Teale, si me va a proporcionar una verdadera fortuna?

Main miró fijamente al rechoncho hombrecillo que tenía frente a sí.

—Cuando Teale llegó a esta casa, alguien dijo que era el diablo. Yo creo que el diablo es usted —exclamó.

Teale despertó en aquel momento.

—Doctor... —llamó débilmente.

—Estoy aquí —contestó el interpelado—. No se preocupe, amigo mío; todo va bien. Teale volvió la cabeza.

—Usted —dijo al reconocer a Main.

—Así es —contestó el joven—. Pero quiero que se entere de algo muy importante. Ya se sabe que el testamento es falso. También estamos enterados del truco que empleó para conservar el cadáver de sir Arnold. Una vez, por lo menos, usted falsificó un cheque y se disfrazó como si fuese el titular de la cuenta corriente. ¿Recuerda a Sylvia Sorani?

Las facciones de Teale se convulsionaron a causa del furor.

—Los Sorani —exclamó—. Ellos tienen la culpa de mi actual estado físico.

—Debió haber pensado en ello antes de violar a Sylvia. En el fondo, el único culpable es usted.

—¡Qué importa eso ahora! Tengo dinero suficiente para conseguir lo que más deseo en este mundo... Doctor Cadwill, ¿cuándo?

—Paciencia, amigo mío; mi ayudante está con los análisis. No podemos cometer errores, como en el caso de Iggles. Esta vez, se 4o aseguro, saldrá bien.

—Eso espero —dijo Teale—. Porque si fracasa..., le mataré. Cadwill soltó una risita.

—Usted se va a gastar medio millón y tendrá lo que vale ese medio millón —exclamó alegremente—. ¿Vera?

—En seguida, doctor —contestó la ayudante, situada ante una mesa de laboratorio, en el otro extremo del sótano.

—Bien, iré a preparar los anestésicos...

Main se consideró perdido. Ahora se sumiría en un sueño muy profundo. Quizá ya no le dejarían despertar, concluida la primera parte de la operación. Pero aquello no podía resultar, se dijo; por muy experto que fuese Cadwill, se necesitaban más ayudantes, mejores aparatos...

De súbito, se oyó un fuerte estruendo en la parte superior. La puerta del sótano se abrió con violencia.

Vera se volvió, sobresaltada. Cadwill retrocedió.

—Quietos todos —sonó una voz imperativa. Main lanzó un grito:

—¡Edith!

—Bud, ¿estás bien? —preguntó ella, ansiosamente. Rewell echó un vistazo al joven y lanzó una risita.

—Todavía está completo —dijo.

Buscó un paño y cubrió !a cintura del joven.

—Voy a soltarte, pedazo de tonto —anunció.

—Jack, vienes como enviado por el cielo...

—No mezcles las cosas divinas con tus estupideces —rezongó el policía —. Doctor Cadwill, voy a arrestarle, acusado del asesinato de Jake Iggles.

Cadwill retrocedió.

Había una luz de demencia en sus ojos.

—No..., no puede hacerme eso...

—Le aseguro que sí —contestó Rewell—. Sargento Benson...

—Sí, señor.

Benson sacó las esposas y avanzó hacia el galeno. En el otro lado del laboratorio, Vera Prynn estaba como petrificada.

Súbitamente, Cadwill lanzó un aullido de fiera.

—¡Tienen que dejarme que lo haga! Ahora conseguiré el éxito... Sé dónde está el error...

—Vamos, vamos, doctor —dijo Benson, flemáticamente—. Ya se ha acabado la sesión quirúrgica.

—Demostraré al mundo que soy capaz de trasplantar cualquier órgano —gritó Cadwill—. No se puede conseguir el triunfo sin fracasos... y ahora estoy seguro de triunfar...

—¡Basta, doctor! —cortó Rewell, enérgicamente—. Entréguese sin oponer resistencia.

¿O es que piensa que nos vamos a quedar aquí estúpidamente, como espectadores de sus habilidades con el bisturí y la aguja de suturar?

Main, todavía sentado en la mesa de operaciones, contempló al médico. Cadwill, pensó, estaba loco, al menos en lo que se refería a su trabajo. Era imposible razonar con él, se dijo.

Benson avanzó un par de pasos más, con las esposas en las manos. De repente, Cadwill lanzó un alarido bestial y se precipitó hacia la mesa de instrumentos, de la que tomó un afiladísimo bisturí. Empuñando el instrumento, se volvió hacia Benson.

—No dejaré que me encierren...

La locura se había apoderado de aquel hombre. Ciego, se arrojó sobre el sargento, pero Benson, tremendamente fornido, lo rechazó de un fortísimo empellón.

Cadwill giró en redondo y cayó sobre la mesa de operaciones en que se hallaba Teale.

De repente, se oyó un alarido espantoso.

Teale se incorporó convulsivamente, arrojando torrentes de sangre por el

cuello. Main, horrorizado, se dio cuenta de que Cadwill lo había degollado involuntariamente.

La sangre salpicó el rostro y el pecho de Cadwill, quien bruscamente pareció recobrar la conciencia. El bisturí cayó de su mano.

Teale saltó un par de veces, mientras sus manos iban al cuello, en un vano intento de cortar la hemorragia. Luego, de súbito, giró a un lado y cayó al suelo, en el que rodó un par de veces antes de quedar boca arriba, con los brazos en cruz.

Main fijó la vista morbosamente en el desnudo cuerpo de Teale, cuyos movimientos se hacían más débiles a cada segundo que transcurría. El espectáculo de aquel desdichado, atrozmente mutilado por unos hombres vengativos, le hizo sentir náuseas.

Esta vez, Cadwill no opuso la menor resistencia a que le colocaran las esposas. Vera Prynn se dejó arrestar mansamente.

Mavis estaba en el vestíbulo. Parecía haberse recobrado.

—Soy inocente de todo lo que hizo ese hombre —dijo cuando el inspector Rewell le comunicó que estaba arrestada.

—Eso no lo tengo que decidir yo, señora —contestó el policía.

* * *

Algunas semanas más tarde, Main llegó a Ballymore Hall. «Wolfie» salió a recibirle, ladrando alegremente, sin dejar de saltar a su alrededor.

Edith apareció en el umbral de la puerta, enormemente atractiva, con un sencillo vestido y la sonrisa en los labios.

—Traes noticias, Bud —dijo.

—Buenas noticias —confirmó él.

—Bien, habla...

—Se ha demostrado, sin lugar a dudas, la falsificación de la carta de tu abuelo y la firma del testamento. El tribunal ha dictado sentencia a tu favor. No podía ser menos, ya que existía un testamento anterior, perfectamente válido, después de lo ocurrido.

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—No sé cómo podré agradecértelo...

—Más tengo que agradecerte yo —contestó él—. Si no se te hubiera ocurrido llamar al inspector Rewell...

Edith se sonrojó vivamente.

—Bud, creo que eso es algo que no debemos volver a mencionar —dijo.

—Estoy de acuerdo contigo.

De repente, «Wolfie» echó a correr hasta las inmediaciones del cedro y empezó a escarbar la tierra.

—Pero ¿qué manía...? —se asombró Main.

—Bueno, suele esconder allí los huesos —rió la muchacha. Pero, de pronto, se puso seria.

Main la miró y dejó de sonreír también. Allí, en el lugar donde ahora escarbaba el perro, se habían encontrado los cadáveres de Parr e Iggles, el segundo horriblemente mutilado de sus partes más íntimas.

Main puso una mano sobre el brazo de la muchacha.

—Tendrás que empezar a olvidar —dijo,

—Sí, me conviene. El diablo llegó a Ballymore con Teale y con Cadwill, pero creo que ahora esto ha quedado libre de su maléfica influencia.

—No te quepa la menor duda. Por cierto, la señora Hook va a salir relativamente bien librada. En realidad, ella no hizo nada, salvo callar... y, a fin de cuentas, los verdaderos culpables ya han recibido su castigo.

—Pero fue cómplice de la muerte de Parr.

—A Parr se le habían subido los humos a la cabeza. Teale empezaba a sentirse celoso de él. Aunque confiase en el éxito de la operación, puesto que entonces ya estaba en tratos con Cadwill, pudo darse cuenta de que un día Parr podía resultar peligroso. El jardinero era un tipo presumido, engreído, poco discreto, precisamente por su misma vanidad. En consecuencia, le administró una dosis de cianuro. ¿Qué puede decir Mavis? No se le puede probar siquiera que ayudase a enterrar a su amante. Se encontró con los hechos consumados y a fin de cuentas, el dueño del dinero era Teale y no Parr.

—Fue un plan ingeniosamente tramado.

—Satánicamente tramado —corrigió Main.

«Wolfie» desenterró el hueso y se puso a roer ávidamente. Edith hizo un gesto con la mano.

—Entra y tomaremos algo —dijo—. ¿Té?

—Muy bien.

Cuando cruzaban el umbral, ella le hizo una pregunta:

—¿Estarás aquí muchos días?

—Me he tomado una semana de vacaciones —contestó él.

—¡Bud! ¡Es magnífico! —palmoteo la muchacha—. Así tendremos tiempo de hablar largamente.

—¿Hablar? ¿Hay algo importante que discutir? Edith le miró penetrantemente.

—Creo que sí —contestó—. Creo que debemos empezar a discutir nuestro futuro. ¿No te parece importante, Bud?

El brazo de Main pasó en torno a la cintura de la joven.

—Muy importante —concordó.

FIN